

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS	
Estante	
Tabla	
Núm.	

Excmo. Sr. Rector

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
N.º Documento 573642
N.º copia 587766

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
N.º Documento
N.º copia

BIBLIOTECA DE LA
FACULTAD DE LETRAS
GRANADA

RESEÑA DEL ACTO LITERARIO

CELEBRADO EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EN HOMENAJE Á

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EL DÍA 8 DE MAYO DE 1905

CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO

DE LA PUBLICACIÓN DE "EL QUIJOTE,"



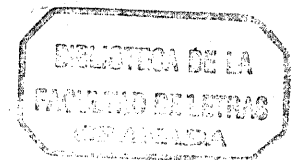
Excluido de Préstamo

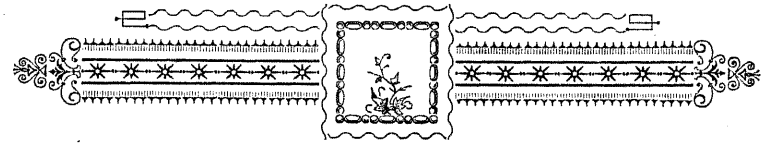


GRANADA

TIP. DE INDALECIO VENTURA LÓPEZ

1905.





ANTECEDENTES Y RESEÑA DEL ACTO LITERARIO.

INICIADA por los altos centros oficiales la idea de celebrar en toda España, de un modo decoroso y digno, el tercer centenario de la publicación de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, la Universidad de Granada no podía menos de cooperar en la medida de sus fuerzas, á tan laudable propósito.

Al indicado efecto, el Excmo. Sr. Rector D. Eduardo García Solá, convocó una junta especial compuesta de varios catedráticos, doctores del Claustro y de otras personas de reconocida competencia literaria y artística, con el fin de que manifestaran su opinión sobre el mejor modo y manera de que la Universidad conmemorase la publicación de *El Quijote*, acordándose que debía consistir el acto en una sesión literaria celebrada en la Universidad el día 8 de Mayo del corriente año 1905, en la que se leyesen trabajos en prosa y verso alusivos á la inmortal obra de Cervantes, amenizando la solemnidad con algunas piezas de música, y que se dieran á luz los trabajos en el presente volumen.

Conforme á este acuerdo, se efectuó la sesión en los términos siguientes:

El espacioso Paraninfo de la Universidad se hallaba vistosamente engalanado con guirnaldas y arcos de follaje. Bajo el dosel aparecía un busto en yeso de Cervantes, debido al alumno de la Escuela de Artes Industriales don José Navas Parejo, y á ambos lados, ramas de palmera y laurel, una antigua edición de *El Quijote* abierta por su primera página que tiene el retrato del autor; sobre el segundo tomo un tintero árabe con pluma de ave, y bajo el mismo libro una antigua tizona y unos grillos; y en los extremos del pedestal una corona de laurel y otra de encina. Al pie se hallaba extendido, bajo la mesa presidencial, el rico estandarte de la Universidad.

Ocupó la presidencia el Sr. Rector, teniendo á su derecha al Secretario del

Gobierno Civil y Gobernador interino Sr. Blín, al Vice-rector de la Universidad Sr. Vico y Bravo, al Vice-presidente de la Comisión Provincial Sr. Fernández Jiménez, al Decano de la Facultad de Derecho Sr. Peña Entrala, y al Director del Instituto D. Salvador de la Cámara. A la izquierda tomaron asiento el Alcalde Sr. Amor y Rico, el Presidente de la Diputación Sr. Aguilera Moreno, el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras D. Francisco de Paula Villa-Real y el Decano de Farmacia D. Florentino López Jordán.

En los demás sillones del salón hallábanse numerosos catedráticos de este centro docente, representaciones de la milicia, de la judicatura, de la beneficencia municipal, de la Diputación de la provincia, de todos los establecimientos de enseñanza, etc., etc. Las tribunas altas del Paraninfo se hallaban ocupadas por distinguidas señoras que realizaban con su belleza esta solemnidad; y en la parte baja del salón, destinada al público, había una concurrencia numerosa, en la que predominaba el elemento escolar. Tanto los individuos de la Sociedad Filarmónica, dirigida por el maestro Sr. Alonso, é instalada en una tribuna alta, como la banda del Regimiento de Córdoba, situada en el patio de la Universidad y dirigida por el Sr. Vico, amenizaron el acto, intercalando la primera escogidas piezas vocales é instrumentales que fueron muy aplaudidas, y ejecutando la segunda, antes de comenzar la sesión, la marcha de concierto de Marqués y el vals «Ideal, Boston» de Balard.

Empezó el solemne acto con un discurso del Sr. Rector alusivo á la fiesta que se conmemoraba.

Subió luego á la tribuna el Catedrático de la Facultad de Letras D. Eloy Señán, que leyó un erudito trabajo sobre *El Quijote*, en el que parangona á Cervantes con Isabel la Católica.

La Filarmónica ejecutó después el Intermezzo de *Cavalleria Rusticana* con gran acierto y afinación.

El Sr. Afán de Ribera leyó la poesía original que se inserta en su número correspondiente; el Sr. Pareja su trabajo sobre «Cervantes en Granada», y el Sr. López Carbonero, el bellissimo trozó del ilustre catedrático de la Universidad Central D. Antonio González Garbín, titulado «Lloraba sonriendo...»

El coro á voces solas de la Filarmónica, cantó después el «Himno á Granada» del maestro D. Celestino Vila.

El Sr. Cobos dió lectura á su oda titulada «Á Miguel de Cervantes Saavedra», el Sr. Villa-Real leyó á continuación su trabajo sobre «El Quijote ideal y el Quijote histórico», siguiéndole el Sr. Nacher con otro acerca de «Las ciencias naturales y el Quijote.»

La orquesta de la Filarmónica tocó de manera excelente la primorosa «Gavota» del joven compositor y Director Sr. Alonso.

El romance enviado por el R. P. Jiménez Campaña, fué leído por el señor Góngora; D. José Paso se ocupó en su trabajo escrito de «D. Quijote y la Higiene»; el Sr. Vico y Bravo leyó una poesía, y el Sr. Almagro Cárdenas su discurso sobre «Cervantes en África.—Notas moriscas del Quijote.»


Finalmente, el Sr. Rector pronunció breves palabras ensalzando el acto celebrado y agradeciendo á las autoridades, comisiones é invitados su concurrencia, con la que se había realizado la solemnidad conmemorativa del tercer centenario de la publicación de *El Quijote*; dándose con ello por terminado el acto, á los acordes de la banda de Córdoba que ejecutó el paso doble «El Doctor Ferrer» de Ortiz.

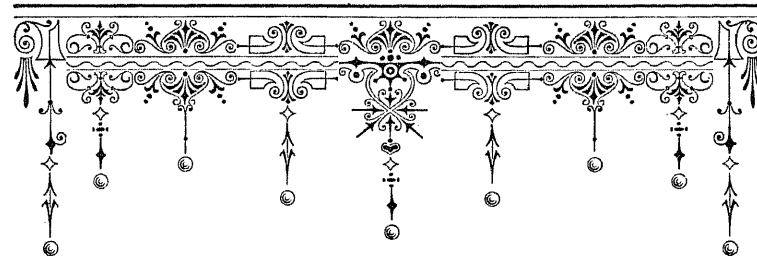
En justa apreciación de sus méritos, todos los trabajos leídos en la sesión que acaba de relatarse, fueron coronados con nutridos aplausos.

GRANADA 10 DE MAYO DE 1905.

El Secretario de la Comisión,

Antonio Almagro Cárdenas.





DISCURSO DEL EXCMO. SR. RECTOR,
D. EDUARDO GARCÍA-SOLÁ.

Señoras y señores:

PROPICIA como siempre al enaltecimiento de las glorias patrias, la Universidad de Granada se asocia en el día de hoy, con la mayor efusión, al justo homenaje que la nación entera rinde al genio soberano de D. Miguel de Cervantes Saavedra, con motivo del tercer centenario de la aparición de su obra inmortal. Y este tributo de admiración ha de ser, por nuestra parte, tanto más entusiasta y sentido cuanto que se trata de sublimar una gloria literaria, cuyos destellos alborearon el apogeo de nuestro siglo de oro, en el que la difusión de la cultura solo fué continuada después por los centros universitarios.

Es, en efecto, de notar que el ocaso de nuestro material poderío, iniciado al principiar el siglo XVII, coincidió con el pujante vuelo alcanzado por la ilustración nacional, singularmente revelada en nuestra copiosa, original y admirable literatura. No solo como fecundo laborador de ésta, sino como potente ingenio que á todos avasallara, se destaca el incomparable autor del Hidalgo manchego, cuyo libro peregrino, único en su género, ni tuvo precedentes ni mucho menos imitadores bastante osados para profanar la pluma que, al terminarlo, dejó Cide Hamete colgada en las alturas donde solo se ciernen las águilas.

Inteligencia muy clarividente, y espíritu cultivado en la apre-

ciación y el gusto literarios, exteriorizará bien pronto, con la competente idoneidad de que carezco, la exuberancia de bellezas que atesora ese supremo esfuerzo del genio colosal de Cervantes, debiendo limitarme á exponer brevisísimamente la personal impresión de lo que más me admira en este prodigio del arte humano.

Ya es mucho sostener sin decaimientos en toda la extensión de la obra, y con solos dos personajes, esa sátira fina, culta y chispeante que se desborda en todas las páginas del Quijote; pero ello resulta todavía más admirable considerando que es una crítica sin hiel y sin atacar las costumbres, la religión y las leyes la que, con tanto donaire, pone en ridículo á los libros de caballería, pues si lo primero demuestra la frescura y grandeza del ingenio de Cervantes, lo segundo patentiza su rectitud moral y la bondad de su corazón. De ambas envidiables cualidades resultó ese libro singular, que deleita sin dejar ninguno de amargura, y que no obstante su carácter burlesco, exagerado por Voltaire cuando afirmó que "*España solo habia producido un buen libro que ponía en ridículo á todos los demás*", nunca desciende á las livianas chocarrerías que empañaron el mérito de algunas producciones de esta clase. Bajo tal aspecto, entre otros varios, el Quijote supera en mucho al *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, y al *Lazarillo de Tormes* de Hurtado de Mendoza, así como á todos los poemas satíricos y burlescos en que tan exuberante se muestra la literatura italiana de fines del siglo XVI, pues el mejor de sus autores, Berni, decae con frecuencia pintando repugnantes groserías que contrastan con el aticismo siempre culto de Cervantes.

Pero con ser tan valiosas las cualidades anteriores, percibimos en el Quijote otra preciadísima que sublima todavía más sus excelencias, haciéndole rebasar la simple condición de poema satírico ó burlesco. Nos referimos á la acción eminentemente humana que simboliza, lo que le da ese carácter de perdurable actualidad, en el que Cervantes solo comparte la gloria con Homero en la antigüedad y con su contemporáneo Shakspeare en los tiempos modernos. La *Jerusalén libertada*, la *Enriada*, la *Divina comedia*, y tantos otros poemas de primer orden, expre-

san un interés religioso, patriótico ó político, y si en la última pintó Dante al hombre, lo describe, sin embargo, alejado de la realidad y perdido en los arcanos del infinito. Por el contrario, en la *Iliada*, en *Macbeth* y en *D. Quijote* aparece solo el hombre en la vida real, ya con sus heroicidades si bien ayudadas por los Dioses, ya en el conflicto de sus efluvios pasionales, ó bien con la doble verosimilitud de una monomanía descrita magistralmente, y en abierto contraste con el tipo, no menos humano y corriente, del buen sentido natural hermanado con el egoísmo y la incultura. En esta condición realista del Quijote advertimos un detalle que no hemos visto registrado por sus numerosos comentadores, y que demuestra la perspicacia de su autor en el conocimiento de las flaquezas humanas: Sancho consideraba loco á su Señor en todo menos en la posibilidad de donarle una insula para su gobierno; siendo esta la eterna credulidad del hombre para cuanto le conviene, por mucha duda que debiera inspirarle la versatilidad ó impotencia del oferente.

Al carácter eminentemente humano del Quijote se debe su nunca decaído interés, explicándonos por esta circunstancia el esfuerzo de atención que exige y aún el cansancio que suscita la lectura de las demás obras españolas de su época, en todas las cuales advertimos ó el culteranismo que á poco exageró Góngora, ó el conceptuoso estilo del que abusaron hasta Lope y Calderón, adoleciendo todas de un arcaísmo que contrasta con la eterna actualidad y el permanente atractivo de la obra de Cervantes, cuya acción, como sacada del corazón humano, subsiste siempre é interesa por igual á todos los hombres de todos los tiempos y países. Y es que, como dice Díaz de Benjumea, el lector vé en las aventuras de D. Quijote las aventuras y extravíos del alma humana, en sus deseos los deseos del hombre sobre la tierra, y en sus caídas y desmayos los desengaños de nuestro corazón y las caídas de nuestras ilusiones; por todo lo cual se explica que desde su aparición hasta el día de hoy esta obra singular impere en todas las inteligencias, salvando el interés que despierta todas las fronteras, ya que su carácter esencialmente humano la hace por igual comprensible y sugestiva para el hombre de todos los países.

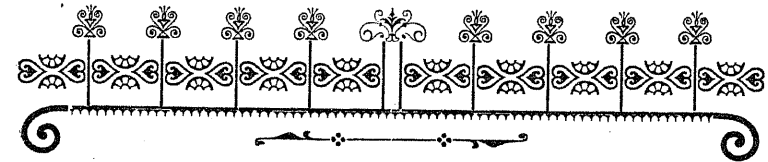
COLECCIÓN DE LA
BIBLIOTECA DE LETR
CERRADA

À la precedente condición fundamental, agregaremos ese inimitable estilo del Quijote, tan llano sin bajeza, natural sin vulgaridades, fiel reflejo del lenguaje popular, y tan inteligible, ameno y atractivo hoy como lo fué para el hombre del siglo XVII y como lo será para las generaciones venideras. Sazonada, por último, esta hermosa producción con la inagotable inventiva y con la gracia desbordante del siempre fecundo ingenio de Cervantes, tan insuperable en lo jocoso como lo fué Homero en lo sublime, no es de extrañar que, con estos valiosos elementos, resultase la obra magistral que admirán todos los países y que con razón tanta celebra España en este día.

Apena el ánimo considerar que hombre de tal valía, verdadera honra de su patria, á la que defendió con su sangre é ilustró con sus talentos, arrastrase una vida miserable sembrada de privaciones y quebrantos. En efecto, lejos de encontrar en sus contemporáneos el aplauso que su genio merecía, sólo halló, á vueltas de algún elogio tan tibio como los de Lope y los Argensolas, las violentas diatribas de Villegas, Suárez de Figueroa, Góngora y Torres Ramilla, sin contar el difamatorio libelo en que derramó cuanta ponzoña encerraba el insípido y vulgar autor que se ocultara bajo el nombre de Fernández de Avellaneda, cuya pedante y obscena parodia sólo sirvió para agigantar más, por el contraste, la donosura, erudición y rebosante gracia de la segunda parte del Quijote, superior indudablemente á la primera.

Si las naciones se elevan sublimando á sus genios, rindamos el más entusiasta homenaje á la memoria de Cervantes, y recordando que fué tan valiente soldado en el combate como sufrido mártir por la patria en el cautiverio, y tan generoso y desgraciado en las adversidades de la vida como escritor insigne y maestro incomparable del habla castellana, convengamos, para terminar, en que su figura soberana simboliza todas las cualidades y grandezas del genio español en aquellos ya pasados tiempos de nuestro insuperable poderío.

~~~~~



## ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE "EL QUIJOTE,"

POR EL

DR. D. ELOY SEÑÁN Y ALONSO

*Catedrático numerario*

*de la Facultad de Filosofía y Letras*

Excmos. señores:

APENAS ha transcurrido medio año desde que España entera ensalzaba con afecto hondo y sentido, aunque no con la grandiosidad que la altura del caso requería, la memoria de una insigne princesa, modelo eterno de reinas en que se vieron juntas, formando el más feliz y raro consorcio que puede imaginarse, las virtudes y excelencias propias de un buen gobernante que con sus actos y resoluciones ácierta á conseguir la regeneración de los pueblos y lleva á estos á la cumbre de su engrandecimiento y de su prosperidad.

De la que alcanzó nuestra patria merced á las generosas iniciativas de los Reyes Católicos, que realizaron la más estupenda obra de regeneración social y política de que dá cuenta la historia, es cumplido y elocuente testimonio aquel siglo XVI, tan rico en venturas y grandezas y el más brillante y glorioso que registran los fastos españoles, porque en él se cosecharon los frutos cuyas semillas sembraron aquellos inolvidables monarcas con su previsor y prudentísima conducta.

No fueron sino consecuencias de ella la firme y maciza compleción de nuestra nacionalidad, creada por los esfuerzos de

quien, con voluntad férrea y entendimiento claro y vigoroso, sólo en el bien de la patria tuvo puesta la mira, sin sentir desfallecimientos ni indecisiones al aplicar el necesario cauterio para curar llagas inveteradas ó para cicatrizar frescas heridas; la supremacía española, ganada por los hijos de este suelo combatiendo en los de Italia, Flandes, Alemania y Francia, que empaparán en su sangre al defender, no intereses materiales ni orgullosos empeños de raza ambiciosa de universal dominación, sino el puesto de honor que de derecho le correspondía en el concierto general de las naciones, al estallar el formidable movimiento de la Reforma, por ser la nuestra la más poderosa, rica y adelantada entre todas; y, finalmente, aquella exuberante y espléndida cultura española, manifestada en la varia y fecunda actividad con que se mostraron las ciencias y las artes, en que se derramó y circuló, como sávia enérgicamente vivificadora, el portentoso genio de la raza, prestando alientos á nuestros sabios y á nuestros artistas al recoger unos y otros, para gloria de su patria y provecho de todos, los abundantes y sazonados frutos del Renacimiento.

Vió aquel siglo en sus albores la aparición de *La Celestina*, admirable y peregrina joya artística, de tan capital importancia por su influencia en el desarrollo del teatro y de la novela en los tiempos modernos; escuchó el regalado concierto que le ofrecieron los inspirados cultivadores de la poesía lírica en las riberas del Tormes, del Guadalquivir y del Turia; se abismó en la serena contemplación de las sublimes verdades que en sus obras atesoraron los místicos; presenció el desbordamiento de aquel raudal de avasalladora elocuencia que fluía de los labios de Juan de Ávila y de Fr. Luis de Granada, y el resurgir de la severidad clásica de la historia en la grave narración, escrita con la pluma de un Salustio ó de un Tácito, por nuestro ilustre paisano Hurtado de Mendoza, y la restauración de la antigua poesía popular, sacada del olvido merced al auxilio de la imprenta que dedicó amorosa parte de sus primicias á los interesantes pliegos sueltos preparando y facilitando la publicación de los Romanceros, y asistió, ya en sus postrimerías, al nacimiento del teatro nacional, cuya gloria estaba reservada á Lope de Vega, quien, en los mis-

mos momentos en que se extinguían los últimos ecos de la poesía lírica, muerta á manos de culteranos y conceptistas, levantaba con el soberano brío de su inagotable inspiración aquel otro género literario que había de prolongar, con gentilezas y bazarías de juventud, la brillante historia de nuestras letras en el siglo XVII.

Pues en aquel mismo instante en que se marchitaba y moría la poesía lírica, que á tan alto grado de esplendor había llegado en el siglo que expiraba, y nacía robusto y con grandes alientos el teatro nacional, entre estos dos hechos tan antitéticos, como lo son la muerte y la vida, al terminar aquel siglo XVI y en los principios del siguiente, que fué el heredero fiel de sus creencias, de sus sentimientos, de sus costumbres, de sus tradiciones y de sus esperanzas, apareció como cifra y resumen ó como clave y coronamiento de la vasta y compleja civilización española el libro inmortal cuya publicación hoy se conmemora y que granjeó á su autor Miguel de Cervantes Saavedra el título que el tribunal de la Historia le ha discernido, con el aplauso universal de todas las gentes, de Príncipe de los ingenios españoles.

Bien clara resulta así la estrecha relación que existe entre el centenario de Isabel la Católica, evocación del principio de nuestro engrandecimiento, y el de la publicación del *Quijote*, expresión la más acabada y completa de nuestra civilización en el punto en que llegó á su mayor altura; y queda también manifiesta la razón que me ha inducido á comenzar este trabajo señalando el enlace que une á aquellos dos memorables hechos, con cuyo recuerdo se ufana y se ensancha el alma del pueblo español, demostrando, con el entusiasmo que aquellos le producen, que no olvida ni puede olvidar, por grandes y amargas que sean las tristezas del presente, las glorias de un pasado que le brinda generoso, con el consuelo de altos ejemplos que imitar, muy poderosos estímulos para salir de la postración en que se encuentra.

Grande y señalada honra es para quien esto os dice alzar la voz en nombre de la Universidad de Granada para unir el suyo al homenaje que España, y con España los pueblos en que se habla nuestra hermosa lengua castellana y con ellos todo el mundo civilizado ofrecen en estos días "al manco sano, al famoso todo,



al escritor alegre, al regocijo de las Musas., Y, sin embargo, bien quisiera estar en este momento entre vosotros y oír, á vuestro lado la autorizada palabra de mi sabio maestro D. Leopoldo Eguílaz, catedrático honorario de nuestra Facultad de Letras, de quien aprendí á conocer y admirar á Cervantes y á amar su memoria; porque así ganaría el asunto, tratado por tan hábiles manos, todo el realce que, por fuerza, ha de perder en las torpes de su discípulo, á quien solo alienta en este trance la confianza de que no le negareis vuestra benévola atención.

Con el propósito, francamente y con insistencia declarado por Cervantes, de deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tenían los libros de caballerías, poniendo su lectura en aborrecimiento de las gentes y derribando para siempre la mal fundada máquina de tan disparatados libros, anatematizados de tantos y alabados de muchos más, fué escrita la obra inmortal cuya aparición hoy se celebra.

Del arraigo que esta malhadada ficción tenía en el pueblo y de su extensión y generalidad entre todas las clases sociales, se encuentran numerosos testimonios en la obra de Cervantes. Juan Palomeque el Zurdo, el famoso ventero, se encantaba de tal modo oyendo leer las aventuras caballerescas que, al decir de su mujer, no había en su casa mejor rato que aquel en que su marido, por estar embobado escuchando tal lectura, no se acordaba de reñir con nadie, y prefería á las verídicas historias de varones tan preclaros como el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba y el valentísimo soldado extremeño Diego García de Paredes, los mentirosos y descabellados relatos de las fingidas aventuras de D. Cirongilio de Tracia y D. Félix Marte de Hircania. Cosas muy lindas y de mieles parecían á Maritornes las que en semejantes libros se contaban, mientras las lamentaciones de los caballeros, en ausencia de sus damas, hacían llorar á la compasiva hija del ventero.

Cardenio y D. Fernando se mostraron como finos conocedores de estos libros, de los cuales Luscinda era gran aficionada mientras que Dorotea, la hija del rico Clenardo, por haber leído mu-

chos, conocía el estilo propio de las doncellas cuitadas cuando pedían sus dones á los andantes caballeros y pudo figurar en la graciosa invención con que se sacó al hidalgo manchego de la asperísima penitencia en que se había puesto, queriendo imitar á Amadis; y el Cura y el Canónigo tenían gran competencia en la materia como lo demuestra el juicio que de aquellos libros expusieron al convenir en que, siendo en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, ajenos de todo discreto artificio merecían por todo ello ser desterrados de la república cristiana.

Con tan severo parecer coincidía el de D. Diego de Miranda, el Caballero del Verde gabán, que se lamentaba de que el mundo estuviese infestado con los libros de caballerías, tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Por último, también los Duques se hallaban al tanto de los usos descritos en las obras caballerescas y así pudieron tratar á D. Quijote como á caballero andante, y seguirle el humor durante los días que con ellos se detuvo, con todas las ceremonias de que daban cuenta aquellos libros que habían leído con tanta frecuencia como gusto.

Y prescindiendo de las pruebas que en tanta abundancia nos suministran los personajes que figuran en la obra de Cervantes, no es difícil encontrarlas en los escritores del siglo XVI y de los anteriores. Pero López de Ayala se acusaba, en la confesión que de sus culpas hizo al comenzar su *Rimado de Palacio*, de haber perdido lastimosamente el tiempo leyendo los devaneos caballerescos. Caso notable, aunque no raro en el siglo XV, del pernicioso efecto de aquellas empecatadas lecturas, se ofrece en el famoso arranque de Suero de Quiñones, precursor del héroe manchego. Alma tan escogida como la de Santa Teresa de Jesús reconoce entre las faltas que su arrepentimiento le recuerda al escribir, por mandato de su confesor, su propia vida, la de gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, confesando que en tal extremo se embecía en la lectura que si no tenía libro nuevo no le parecía que tenía contento. Y para no citar más ejemplos, que con facilidad podrían multiplicarse, sólo men-

cionaré á Fr. Luis de León que en sus áureo libro *La perfecta casada* encarece las ventajas y excelencias de las faenas y labores en que suelen ocupar el tiempo las mujeres hacendosas y señala entre ellas, y en primer lugar, la de que las libran y apartan del importuno y funesto cuidado *del leer en los libros de caballerías*.

Pero es evidente que si la idea de combatirlos y el deseo de alejarlos de las manos de sus numerosos lectores, pertenecientes á todas las clases sociales, fué lo que puso la pluma en la de Cervantes, nunca hubo de pensar este en hacer blanco de su im placable sátira más que á la forma grosera, la vestidura extravagante y el aderezo ridículo que ocultaban tan grandes elementos de belleza como ofrecía el mundo caballeresco, en el que la nobleza é hidalguía de sentimientos, el desinterés y la generosidad, la abnegación y el heroísmo rodeaban de la mágica aureola que estas virtudes les proporcionaban á aquellos bizarros y apuestos campeones, siempre prontos á derramar su sangre y á arriesgar su vida en defensa de la santa causa de la justicia contra toda clase de enemigos, sin reparar en su poder ni en sus prestigios. Nunca pudo Cervantes hacer objeto de sus burlas lo que en un alma naturalmente tan rica en bondades como la suya había de despertar necesariamente el respeto, la admiración y el amor. Nunca se propuso, ni hay derecho para suponerlo, de no inferir notorio agravio á su memoria, deprimir y escarnecer lo que él consideraba digno de imitación constante y de perdurable alabanza.

Y este es el primero y más grande de los méritos que ostenta el incomparable libro de Cervantes. Á través de la donosa y regocijada parodia de las andanzas caballerescas en que el ascendido hidalgo sufre repetidos descalabros y fracasos sensibles, que no logran quebrantar los bríos de su voluntad, aunque dejen estropeado y maltrecho su endeble y misero cuerpo, se descubre sobre un fondo resplandeciente de luz, que ilumina á todo entendimiento que no esté nublado por las sombras de la vulgaridad, la dulce y simpática figura del hombre desprendido y generoso, rendido y cortés, valiente y esforzado, enamorado leal y constante de un ideal en que se unen lo bello, lo bueno, lo ver-

dadero y lo santo, y estas virtudes hacen de él no un ser estrafalario y despreciable por lo grotesco, sino una personalidad digna de amor y de veneración, que se lleva tras de sí, muy justamente, la admiración cariñosa y entusiasta y el interés con que se le sigue en la carrera de sus nobles locuras y en la dura lucha que con tesón tan heroico sostiene con cuantos obstáculos le salen al paso.

No es en verdad la triste y amarga impresión que produce el ridículo fustigado por la sátira el efecto que queda en el ánimo del lector del *Quijote*. Si así fuera sería forzoso tener como inexplicable el irresistible encanto que causa en cuantos lo leen, cumpliéndose así lo que su mismo autor, asistido de don profético, vaticinaba al decir que leyendo su libro el melancólico se mueve á risa, el risueño la acrecienta, el simple no se enfada, el discreto se admira de su invención, el grave no la desprecia ni el prudente deja de alabarla.

Si el héroe manchego no se granjeara los sentimientos de afecto y adhesión que en todo pecho bien nacido no puede por menos de despertar, no lamentaríamos su estéril intervención en la querrela entre Juan Haldudo el rico y su criado Andrés, á quien aquel negaba su soldada, en pago de su sudor y trabajo, ni su desventura al topar con aquellos desalmados yangüeses de los que aprendió D. Quijote la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas, ni la negra ingratitud con que los galeotes correspondieron al singular beneficio que les hizo al devolverles la libertad, ni, finalmente, para no aumentar las citas de los casos en que el sublime loco quedó descalabrado ó molido, la prevención y contrariedad con que seguimos los pasos del Bachiller Sansón Carrasco, á pesar de reconocer la bondad de sus intenciones, cuando se oculta bajo los nombres del caballero de los Espejos ó de la Blanca Luna para ver de conseguir que D. Quijote cesara en sus empresas y aventuras y se restituyera á la tranquila y apacible vida de su hogar.

No es, no, la musa de la indignación, furiosa y desgreñada la que alienta en las páginas de este raro y peregrino libro ni el duro y terrible látigo de la ironía el que con sus despiadados golpes, que suelen ser como botonazos de fuego, el que presta

calor, movimiento y vida á tan admirable fábula. Por el contrario, de ella transciende un delicado y penetrante perfume de atracción y simpatía que á todos nos seduce y subyuga encadenándonos dulcemente con los misteriosos lazos, que el alma no puede romper, del santo amor á lo bueno, á lo que es justo, á lo que es levantado, generoso y noble.

Bajo aquella vieja armadura, heredada de sus bisabuelos y que olvidada en un rincón estaba tomada de orín y llena de moho, y el aparejo de cartones, reforzado con unas barras de hierro y encajado en el morrión, que D. Quijote diputó y tuvo por celada finísima de encaje; bajo el herreruelo de buen paño pardo, los valones y el jubón de camuza, todo bisunto en la mugre de las armas, llevando en el cuello valona á lo estudiantil sin almidón y sin randas, con sus borceguíes datilados y sus encerados zapatos, y al cinto tahalí de lobos marinos de que pendía la espada, atavíos con los cuales se presentó con gentil donaire y gallardía ante su huesped el caballero del Verde gabán; ó cubierto con el gran mantón de escarlata y la montera de raso verde con que trocó sus arreos guerreros en casa de los Duques, latía un corazón nobilísimo que se abrasaba en el fuego sagrado de los más puros y finos amores que, en el orden terreno, pueden agitar y estremecer el alma de los hombres, y sentía las ánsias é inquietudes que mantienen en desazón continua nuestra flaca naturaleza, nunca satisfecha, sedienta siempre, clamando por perfecciones jamás aquí alcanzadas, soñando en su locura con limpios é inmaculados ideales, nunca tampoco realizados en la tierra.

Y si se le considera fuera de su monomanía caballeresca, no son menos de admirar la claridad de su juicio y la honrada rectitud de su voluntad. Aquellos rústicos cabreros que le recibieron con buen ánimo y le agasajaron con generosa franqueza, oyeron embobados y suspensos la arenga en que, para explicarles su oficio de caballero andante, les habló de la santa edad de oro, en que todas las cosas eran comunes. Y aunque ello pudiera atribuirse á que esto del comer holgando tiene muchos aficionados y golosos, no se olvide que con no menor atención le escucharon el abigarrado concurso que en la famosa venta de Juan Palomeque el Zurdo oyó de sus labios el discurso de las ar-

mas y las letras, y aquella otra reunión de más de treinta personas, todas bizarramente vestidas de pastores y pastoras, ante las cuales alzó D. Quijote la voz con gran reposo para execrar el desagradecimiento, que él estimaba "como pecado más abominable que la soberbia,," del cual siempre había procurado huir de tal manera que si no podía pagar las buenas obras recibidas con otras obras, ponía en su lugar el deseo de hacerlas, y cuando estos no bastaban las publicaba, "porque quien dice y publica las buenas obras que recibe también las recompensara con otras si pudiera,,"

En estos y en otros pasajes análogos se transparenta la cándida hermosura del alma de Cervantes, como se reflejan también las luces de su rico y variado saber, desmintiéndose con ello la vulgar y extendida opinión que vé un ingenio lego en el rey de nuestros prositas. Aquella galana y pintoresca descripción de la poesía que pone en labios de su héroe cuando departe con el caballero del Verde gabán, trae á la memoria las felices expresiones que sobre el mismo asunto escribió en el *Persiles*, cuando afirmó que "la excelencia de la poesía es tan limpia como el agua clara, que á todo lo no limpio aprovecha; es como el sol que pasa por todas las cosas inmundas sin que se le pegue nada; es habilidad que tanto vale cuanto se estima; es un rayo que suele salir de donde está encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado que dulcemente alegra los sentidos, y al paso del deleite lleva consigo la honestidad y el provecho..., Y aquellos otros que se leen en la *Gitanilla*: "...háse de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre; la poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta; es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran y, finalmente, deleita y enseña á cuantos con ella comunican,,"

Más no se crea que Cervantes, al tratar estos asuntos, alardea de originalidad, definiendo en tono dogmático como pontífice que expone y saca á luz doctrinas de propia invención y abre nuevos

y desconocidos caminos, nunca hollados por los que al arte ó á la ciencia se consagran. Sus ideas, así en estética como en preceptiva y en las demás disciplinas artísticas y en los principios relativos á las ciencias especulativas y prácticas, no son las de un innovador, sino que reflejan la cultura, en verdad muy rica y elevada, de nuestra patria en la época que él alcanzó, por lo que, si han de ponerse las cosas en su verdadero punto y no han de ser sacadas de sus quicios, es obra de justicia alabar, ensalzar y admirar al autor del *Quijote* no como descubridor de verdades recónditas, ni como doctor universal y maestro en todo saber, sino como artista insuperable asistido de un poder mágico con el que se nos muestra creador de hechos reales y personas vivas con la espléndida vida que solo el genio sabe dar á sus obras, dejando en ellas marcadas, con profundas é indelebles huellas, el sello de su origen nobilísimo, humano destello de la divinidad.

Y también le corresponde de derecho el homenaje de nuestra admiración por el don de perfección suprema que le fué dado para expresar su pensamiento en fórmulas y frases que, porque nunca fueron aventajadas ni lo serán jamás, han hecho de Cervantes, á pesar de lo que tímidos comentadores y críticos descontentadizos señalan como lunares ó defectos, el dechado que siempre han de mirar los que aspiren á manejar con propiedad y precisión, gracia, elegancia y primor la lengua castellana.

Si Jorge Manrique alcanzó el lauro de la inmortalidad por una sola obra en que acertó venturosamente á recoger y condensar en frases felices, que vivirán lo que dure el habla de Castilla, las ideas sobre la muerte y lo efímero y caduco de los bienes de este mundo, que durante toda la Edad media fueron un lugar común repetido hasta la saciedad por prosistas y poetas, expresando aquél con sublime sencillez lo mismo que todos pensaban y sentían al fijar para siempre aquellas meditaciones morales, como se guarda valiosa joya en rico estuche, en estos conocidos versos que no parece sino que se escribieron en mármoles ó en bronces y que, de seguro, acudirán á vuestra memoria:

Nuestras vidas son los ríos  
Que van á dar en la mar,  
Que es el morir;  
Allí van los señorías  
Derechos á se acabar  
Y consumir;  
Allí los ricos caudales,  
Allí los otros medianos  
Y más chicos,  
Allegados, son iguales  
Los que viven por sus manos  
Y los ricos,

¿cómo no hemos de celebrar con el entusiasmo más sincero y ardiente á quien nos ha dejado el tesoro opulento de giros y frases y modos de decir con los que logró nuestra lengua todos sus magníficos ensanches, y pudo lucir todas sus galas y mostrar todas sus riquezas en la cima de la más alta perfección, y todo ello aderezado con la más suelta y sencilla naturalidad, sal que sazóna al arte y es su prenda más excelente, porque por ella es su obra como mujer hermosa que no ha menester de postizos ni de afeites para realzar sus encantos?

¡Creador de seres que gozan de vida perdurable é inventor de hechos! Tales son los rasgos que caracterizan á Cervantes y justifican su fama imperecedera. En ellos se revela la energía portentosa de su genio y de ellos se ufana, sin ambages ni escrúpulos de falsa modestia, porque tenía conciencia clara de la indiscutible superioridad que le proporcionaban.

En el *Viaje al Parnaso*, después de mencionar una vez más su manquedad gloriosa, Mercurio le reconoce tan singular privilegio. Permitidme que os recuerde este interesante pasaje:

... en fin has respondido á ser soldado  
Antiguo y valeroso, cual lo muestra  
La mano de que estás estropeado.  
Bien sé que en la naval dura palestra  
Perdiste el movimiento de la mano  
Izquierda para gloria de la diestra,  
Y sé que aquel instinto sobrehumano  
Que de raro inventor tu pecho encierra  
No te le ha dado el padre Apolo en vano.  
Pasa, raro inventor, pasa adelante  
Con tu sutil disinio, y presta ayuda  
Á Apolo; que la tuya es importante.

Todas las obras de Cervantes ofrecen plena confirmación de

estas palabras de Mercurio; pero he de limitarme á señalaros tan solo algunas de las abundantes pruebas que se encuentran en la que ha inmortalizado su nombre.

Al lado del héroe, de vida tan intensa, por penetrar tan hondo en las entrañas de nuestra naturaleza, aparece la figura de su escudero, que le sirve de contraste y antítesis, hombre de bien pero de muy poca sal en la mollera, con sus puntas y collares de mentecato y sándio y sus ribetes de socarrón, amigo de su interés y como tal egoísta y ambicioso, regateador del premio de sus servicios, tímido y asustadizo en los atrevidos deseos y acometimientos de su señor y, al decir de este, costal lleno de refranes y de malicias.

Hasta en lo físico se oponían. D. Quijote era de compleción recia, seco de carnes y enjuto de rostro: Sancho Panza tenía la barriga grande, el talle corto y las zancas largas. Pero así como en el alma de aquel y detrás de las sombras y celajes de su locura tenían su propio asiento las magnánimas virtudes del caballero, así debajo de las cenizas de la rusticidad, simpleza y bellaquería de su criado, estaba encendido el rescoldo de los nobles y honrados sentimientos. Bueno, sincero, discreto y cristiano le llama con razón D. Quijote después de la aventura de la carreta de las *Cortes de la Muerte*, y por extremados se han de alabar su sutil penetración y su certero instinto de rectitud y de justicia, no solo en los actos que realizó durante el gobierno de la fingida ínsula, sino en los escrúpulos que le asaltaron antes de aceptar el cargo, y en la plácida tranquilidad de conciencia con que salió de él.

“Si á vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto,—decía Sancho á su señor, después de oír los consejos que este le diera;—que más quiero un solo negro de la uña de mi alma que á todo mi cuerpo, y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones, y más que mientras se duerme, todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos... y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.”

Hasta tuvo la prudencia exquisita y la rara circunspección,

que no á todos los que gobiernan asisten, de no dictar resoluciones y mandatos ante el recelo de que no lograran observancia. “Y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas,—declaró ante su señor y ante los Duques, cuando les dió cuenta de su gobierno,—no hice ninguna temeroso que no se han de guardar, que es lo mismo hacerlas que no hacerlas.”

Y cuando al salir del gobierno, muerto de hambre, descolorido y sin blanca y, lo que es peor, roído de la murmuración maliciosa, de que no hay estado que se escape, quiso D. Quijote consolarle en su pesadumbre, haciéndole saber que “si el Gobernador sale rico de su gobierno, dicen de él que ha sido un ladrón, y si sale pobre que ha sido un para poco y un mentecato,” le respondió Sancho con valiente y hermoso desenfado: “á buen seguro que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladrón.”

Finalmente, la bondad de su condición se manifiesta con toda claridad en su inquebrantable adhesión á su señor, en el leal cariño, que no repara en sacrificios, ni hace memoria de contratiempos, privaciones y vapuleos, en la fidelidad abnegada que llena de lágrimas sus ojos y pone en su voz timbre dolorido y quejoso cuando D. Quijote le muestra su enojo y le manda volver á su casa despidiéndole de su lado, por prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería. Y la humildad de Sancho le conmueve y deshace todo el formidable aparato de su cólera cuando le oye decir: “Vuesa merced me perdone y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; más quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.”

La intuición maravillosa y casi divina del arte de Cervantes dignifica y ennoblece cuanto toca, aún lo más ruín y menguado. Aquel anciano de blancas canas y rostro venerable, que como descendiente de Trotaconventos y de Celestina iba entre los galeotes condenado á cuatro años de remo, por haber sido corredor de oreja, ocupación en la cual nunca pensó que hacía mal, puesto que su intención era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas, despertó en don Quijote la tierna compasión que pugna por comunicarse á los

lectores, justificando aquel elogio, envuelto en la más donosa ironía, de semejante oficio que, según el héroe manchego, es propio de discretos y muy necesario en toda república bien ordenada.

Ginés de Pasamonte, truhán redomado y ladrón de más de la marca, que por sus servicios é historia era digno de figurar honradamente en la cofradía de Monipodio; y aún de ocupar en ella uno de sus principales puestos, sin quedarse atrás de los Maniferros, Chuquiznaques y Desmochados, se ganó la simpatía de D. Quijote con la agilidad de su entendimiento y la soltura de su lengua y más cuando le oyó declararse desdichado, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Y que lo tenía muy despierto, feliz y lucido lo demostró harto cuando, bajo el difraz de Maese Pedro, declaró ante el concurso que absorto le escuchaba las maravillas de su retablo, con la sabrosa relación, salpimentada con discretas observaciones, de la historia de Gayferos y Melisendra, á que puso inesperado punto el celo caballeresco de D. Quijote, quien, con acelerada y nunca vista furia, comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, dando con todo el retablo en el suelo y dejando al Rey Marsilio mal herido y al Emperador Carlo-Magno partidas la corona y la cabeza en dos partes.

Y el mismo Roque Guinart, el temible capitán de bandoleros, terror de los campos catalanes, famoso no menos por su valentía que por su ferocidad, se nos ofrece en las páginas en que lo presenta Cervantes con líneas y tonos que templan y dulcifican su sombría figura y suavizan la aspereza de su condición. No solo recibe á D. Quijote con la gentil cortesanía de un caballero, sino que le consuela en su tristeza por haber caído en sus manos, que, según él, tienen más de compasivas que de rigurosas; mantiene el debido orden y la más estricta disciplina entre los foragidos que forman su banda y reparte entre ellos el botín de sus latrocinios con tanta legalidad y prudencia que no agravia en nada á la justicia distributiva, y, finalmente, nos lo pinta tan delicado y sensible que, ante las quejas de la infeliz Claudia, acuden las lágrimas á los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasión.

Mancebos gallardos, desprendidos y enamorados son Carde-

nio, D. Fernando y D. Luis, atento y discreto el oidor, esforzado y sufrido su hermano el libertado cautivo Ruy Pérez de Viedma, corteses y espléndidos en burlas y en veras los Duques que lamentaron el mal suceso del espanto cencerril y gatuno, obsequioso, solicto y amigo de holgarse á lo honesto y afable don Antonio Moreno, cariñosos y bien intencionados el Cura, el barbero y el bachiller Sansón Carrasco, y para cerrar esta lista, que muy fácilmente pudiera prolongar, citaré á D. Diego de Miranda que, á instancias de D. Quijote, le da cuenta de su condición y de su vida en los siguientes términos, que me complazco en reproducir aquí porque en ellos se encuentra, descrito por la áurea pluma de Cervantes, el tipo del honrado hidalgo castellano, con la sencilla austeridad de sus costumbres y la firmeza y profundidad de sus ciencias religiosas.

“Yo, señor caballero de la Triste figura—dice el del Verde gabán—soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy, si Dios fuere servido; soy más que medianamente rico y es mi nombre D. Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso ó algún hurón atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuales de romance y cuales de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas; hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y suspendan con la invención... Alguna vez como con mis vecinos y amigos y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos, soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor.”

Quién como Cervantes había trazado tan numerosos y variados cuadros, de casos y lances de amor, como los que constituyen los interesantes asuntos de aquellas de sus novelas ejemplares que, como *la Señora Cornelia*, *Las dos doncellas*, *La Fuerza de la Sangre* y hasta la *Gitanilla* en cierto modo, de eróticas pueden ser calificadas, y descubre en la seguridad de su pulso, en lo experto de su pincel y en el afortunado manejo de los colores de su rica paleta que no solo en el tratado *Del amor de Dios* de P. Cristóbal de Fonseca, ni en las doctrinas de León Hebreo se había aleccionado é instruido en esta delicada materia, sino en la abierta escuela de la realidad, manantial inagotable de enseñanzas para quien sabe y puede aprovecharlas, no podía dejar de engarzar en el *Quijote* rasgos de su feliz y aguda observación ejercida sobre el eterno idilio que, desde el Paraíso, representan constantemente en esta vida las mujeres y los hombres.

Y la verdad es que aquellas no deben mostrarse quejasas de Cervantes, sino muy agradecidas, no porque les atribuya excelencias que no les sean comunes y frecuentes, sino por la complacencia y el cariño con que se detiene á dibujar las sugestivas y encantadoras figuras femeninas que forman en esta obra inmortal, con contadísimas excepciones y estas muy ligeramente tocadas, la honrosa representación de su sexo.

No sé si Cervantes participaría de la opinión del amigo y paisano de Macías Juan Rodríguez del Padrón, que, en su *Triunfo de las donas*, sostiene la superioridad de la mujer sobre el hombre, defendiéndola nada menos que por cincuenta razones; ó si pensaría como Calderón más adelante, cuando al escribir *La Vida es sueño* puso en labios de Segismundo la siguiente explicación de lo que mayor sorpresa le había causado entre las novedades que encontró en su nueva existencia, trocada la gruta por el palacio:

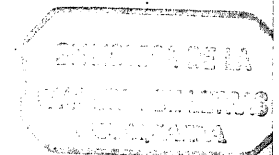
Nada me ha suspendido  
Que todo lo tenía prevenido;  
Más si admirarme hubiera  
Algo en el mundo, la hermosura fuera  
De la mujer. Léfa  
Yo una vez en los libros que tenía,  
Que lo que á Dios mayor estudio debe  
Era el hombre, por ser un mundo breve.  
Más ya que lo es recelo  
La mujer, pues es un breve cielo;  
Y más beldad encierra  
Que el hombre, cuanto vá de cielo á tierra.

Pero no puede negarse que para él, la mujer era dulce regalo y fino presente, otorgado por Dios al hombre para que fuera su compañera en este camino de la vida, siendo aquel para ella, como dice el P. Fonseca, "su señor y su esclavo: señor que la mande, que la gobierne, que la enseñe y que la sustente; y esclavo que la ame, que la adore, que la sirva, que la honre y que se pierda por ella.,"

Si incomparable era la hermosura de Dorotea y no menos extraordinaria la de Luscinda, Zoraida al descubrir su rostro dió ocasión á los que la contemplaron para reconocer que si alguno podía igualar á los de aquellas, era el de la mora. Y agrega Cervantes que como la hermosura tiene prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos los que estaban en la venta al deseo de servir á la hermosa hija de Agimorato. Al presentarse ante ellos Doña Clara, la hija del oidor y enamorada de D. Luis, de edad al parecer de diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, á todos puso en admiración su vista. Lo mismo sucedió á D. Quijote, Vivaldo y á los que con ellos se encontraban cuando, por cima de la peña donde se cavaba la sepultura del infeliz Grisóstomo, apareció la pastora Marcela tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura.

*Pulchra enim dicuntur quæ visa placent.* Este poder avasallador que la belleza ejerce con solo su presencia es reconocido por Cervantes en varias de sus obras, como en la comedia *Pedro de Urdemalas*, en cuya primer jornada dice:

Que es la belleza tirana  
y á cualquier alma conquista  
y está su fuerza en ser vista.



Desde la simpar Dulcinea, de hermosura sobrehumana é ideal, en la que se hacían verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas suelen dar á sus damas, hasta la pastora Torralba, moza rolliza, zahareña y que tiraba algo á hombruna, que retrae á la memoria las rústicas serranas á que dió vida la retozona y realista musa del Arcipreste de Hita, y sin olvidar á las dueñas, cuya principal representación ostenta Doña Rodríguez de Grijalba y á las cuales miraba Cervantes con tanta ojeriza como Quevedo, es cabal y completísima la galería mujeril que se presenta en el *Quijote*.

La discreción, llevada á su más alto punto, brilla en la valerosa Dorotea; en ella, como en las demás, aún las de condición más andariega é inquieta, el pudor y la honestidad arraigan tan adentro de sus almas que en su misma entereza tienen su mejor y más fuerte escudo, porque como dijo el pastor Eugenio, hablando de la lindísima pastora Leandra, no hay candados, guardas y cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio.

La arisca Marcela en el largo discurso, que acaso alguien encuentre sobradamente retórico y aún metafísico para los labios que lo pronunciaron por las quintas esencias y tiquis miquis en que abunda, discurso en que explicó la causa de sus desdenes á cuantos la requerían de amores, declaró que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adorno del alma sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe parecer hermoso.

Y de conformidad con esta noble sentencia, D. Quijote advierte á Sancho que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo; la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo, y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer el amor con ímpetu y ventaja.

Sobre el conjunto de hechos que forman la trama del *Quijote*, los cuales descansan, como sobre robustísimos pilares, en las

dos gigantescas figuras del caballero y de su escudero, preside, según observa atinadamente el insigne maestro D. Juan Valera, cuya pérdida lloran las letras españolas, una unidad no de acción, sino de pensamiento, atento siempre á la realización del propósito que con tanta insistencia señala Cervantes como único móvil que le impulsa á escribir el libro que todos admiramos. Es vano é inútil el empeño, nacido de particulares preocupaciones y sostenido por poderosos estímulos de amor propio, ó por afán de originalidad ó por presunción de fino zahorí que ve claro y patente lo que los demás no aciertan á ver de modo alguno, de atribuir al *Quijote* un sentido y alcance ocultos, mediante los cuales su autor pudo satisfacer deseos de venganza contra determinados enemigos personales, ó satirizar la doble tiranía monárquica y religiosa, que, al decir de los que tal opinión sustentan, padecía España en aquella época, ó presentar la lucha entre la aristocracia conservadora y la democracia pura para deducir, por vía de consecuencia, un programa de gobierno que, aplicado á las sociedades modernas, sea panacea eficaz de todos los males que las afligen.

Al considerar esta apasionada polémica, apreciando en los que en ella intervienen el tesón de los unos y el encendimiento de los otros, no puedo por menos de sospechar que hasta ellos llegan las influencias de los malos encantadores que tenían por supuesto mudar y trocar todas las cosas que tocaban y pertenecían á D. Quijote y de recordar, como de oportuna aplicación al caso, las palabras que aquel dirigió á Sancho para poner término á la más famosa discusión que ambos sostuvieron: “eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece á mi el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa...”

Semejante variedad de opiniones respecto al contenido de esta maravillosa ficción pone de relieve la espléndida liberalidad del genio de Cervantes que, intentando sólo conseguir un fin tan modesto y sin transcendencia como el de ridiculizar un género literario, nos dió por añadidura, con el inmenso caudal legado por su sagaz observación durante su accidentada vida, los tesoros inapreciables de las ideas de su privilegiado entendimiento y de los sentimientos de su nobilísimo corazón, amasando con



todo ello la eterna concepción artística que alienta en las páginas del libro que el mundo entero nos envidia.

Y si fuera necesaria otra nueva prueba, decisiva y terminante, sobre las que en generosa abundancia su simple lectura proporciona, nos la suministraría aquella espúrea imitación que con la más infame cobardía escribió el desconocido autor que ocultó su nombre bajo el antifaz del Licenciado Alonso Fernández Avellaneda.

He aquí un pseudónimo que constituye el enigma más interesante de los que ofrece el estudio de nuestra historia literaria. En descifrarlo se han ocupado los entendimientos más perspicaces y los más finos y amantes conocedores de los secretos y arcanos de nuestra literatura, sin que los esfuerzos de tanta buena voluntad se hayan visto coronados con la satisfacción de la victoria, porque ninguno ha conseguido pasar desde el terreno movedizo de la simple conjetura, más ó menos probable, al bien asentado y firme de la verdad cierta y demostrada.

El número y variedad de las hipótesis sostenidas y en virtud de las cuales sucesivamente se ha atribuido la paternidad del misterioso y antipático libro á Fr. Luis de Aliaga, confesor de Felipe III, á Fr. Alonso Fernández, culto historiador de la ciudad de Plasencia, á Fr. Andrés Pérez, dominico como los dos anteriores y que bajo el nombre fingido del Ldo. Francisco López de Úbeda publicó en el mismo año de 1605, en que apareció el *Quijote*, *La Picara Justina*, á Juan Blanco de Paz, ruín delator de Cervantes en Argel, á Bartolomé Leonardo de Argensoba, á quien se supone enemistado con Cervantes, á Lope de Vega, cuyas relaciones con aquel no fueron siempre tan sinceras y afectuosas como desearíamos y á D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, el poeta dramático docente y moralizador, al poeta aragonés Alfonso Lamberto, concurrente á dos certámenes celebrados en Zaragoza en 1614—y esta es opinión del Sr. Menéndez Pelayo—y por ultimo, á Tirso de Molina, candidatura sostenida por Doña Blanca de los Ríos no con mayor fundamento que los anteriores, no logran demostrar más que el noble empeño puesto en la empresa así como la afirmación de que no se trata de una obra baladí y despreciable por su insignificancia, sino de

un trabajo que no se vacila en adjudicar á escritores de tanta cuenta y nombradía como Alarcón, Tirso y Lope.

Reconociendo la autoridad de los maestros que sobre esta cuestión han emitido sus pareceres y con todo el respeto que sus altos prestigios me merecen, me atrevo, sin embargo, á creer que el problema no ha sido resuelto hasta ahora ni es fácil que lo sea en lo sucesivo, como no fuera por algún feliz hallazgo, tan concluyente que no deje lugar á dudas.

No parece temerario suponer que Cervantes, no obstante el vivo interés que en ello había de tener y las mayores ventajas de que disponía para salir con su intento, no llegó á descubrir al escritor que se ocultaba tras de aquel fingido nombre. De haberlo reconocido, seguramente que en el prólogo de la segunda parte del *Quijote* auténtico, donde contestó á las injurias que aquel le dirigió llamándole viejo, manco y envidioso, nada hubiera podido detener y atajar su justa indignación, y de la misma manera que, defendiéndose de la nota de envidioso, disparó un dardo envenenado contra Lope de Vega, al aludir á su ocupación continua y virtuosa, habría también desenmascarado, exponiéndole á la vergüenza pública, á quien no contento con intentar robarle honra y provecho, arrojaba sobre él tan violentos y feroces insultos.

En la última cláusula del testamento de D. Quijote suplica este á sus albaceas *que si la buena suerte les trajera á conocer al autor* que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de Segunda parte de las hazañas de D. Quijote de la Mancha, le pidan en su nombre perdón por haberle dado ocasión para escribir tantos y tan grandes disparates.

Y si después de la publicación de su obra hubiese Cervantes adquirido la certidumbre de quien era su encubierto émulo no se hubiera ido con el secreto á la sepultura, sino que lo habría declarado en el prólogo ó en el texto del *Persiles*, donde se notan visibles huellas de su constante preocupación sobre este asunto.

Quien quiera que fuese Avellaneda no era un escritor que merezca ser relegado á una ínfima categoría literaria, aunque tampoco sea digno de los injustificados elogios que algunos le tributan. Su *Quijote* es una falsificación del de Cervantes. Aún des-

cartada la prevención con que es leído, es indudable que aquel no es otra cosa que una parodia tosca en la cual lo sucio y grosero del dibujo suscita la inevitable comparación con el modelo cuya limpieza y hermosura quedan enaltecidas y realzadas. Desnaturalizados y falseados los caracteres, desaparecidas la naturalidad y la verosimilitud en los hechos y sustituidas por la exageración y la más ramplona vulgaridad, se echa de menos en el libro del fingido Avellaneda aquel sereno ambiente de armonía y nobleza, de grandeza, elevación y realismo honrado y de buena ley, templado en las puras corrientes del ideal, que dá á la obra de Cervantes el sello de altísima perfección que en ella admiramos.

Y para impedir que en la sucesión de los siglos nadie osare tocar el asunto que él trató, después de aquella escena de belleza ejemplar y conmovedora en que su cristiano ingenio puso tan piadosa ternura al describir la muerte de Alonso Quijano el Bueno, desnudo ya de la locura que le tuvo convertido en D. Quijote, dejó su pluma colgada de una espetera y sujeta á un hilo de alambre, encargándole que dijera á quien quisiera descolgarla: "para mi sola nació D. Quijote y yo para él."

---

Tal vez no falte quien tenga sus dudas sobre la oportunidad con que se celebra en el presente año el centenario de la impresión del libro inmortal de nuestro gran escritor, ya porque lo tenga por prematuro; fundándose en que el *Quijote* no se completó hasta que diez años después de publicada la primera parte apareció la segunda, que, en sentir de los más, aventaja y supera á aquella en perfección artística, en variedad y riqueza de invención y en la mayor abundancia de gracias y donaires, ya porque se crea que el homenaje de la conmemoración ha debido reservarse para el año de 1916, en cuyo día 23 de Abril se cumplirán tres siglos de la muerte del príncipe de los ingenios españoles, que cuenta entre sus obras, aunque de ellas sea el *Quijote* la principal, otras no indignas de ser encarecidas y alabadas, y que por sí solas bastarían á cimentar sólidamente la reputación de un escritor ganando para su nombre el sincero aplauso de la

posteridad; pero hemos de convenir en que este centenario es, en los momentos presentes, de indiscutible conveniencia y puede ser de provechosa utilidad.

No podía llegar en mejor sazón ni en más feliz coyuntura esta renovación del recuerdo de la portentosa obra del ingenio español y cristiano de Cervantes que trae entre sus páginas á esta juventud española, de tan noble condición y tan agradecida á quienes por ella se interesan, ráfagas del aire puro, sano y vivificador de nuestras más grandes y gloriosas tradiciones patrias, hoy tan necesarias para ahuyentar los febriles estremecimientos con que el desapoderado amor de la novedad, de lo extranjero ó de lo original é insólito tienen enfermizo y en los linderos de la extravagancia, que es la muerte, á nuestro desmedrado arte con olvido y ofensa de su limpia y honrosa alcurnia; para acabar de desterrar la chavacana bufonería que, bastardeando y envileciendo la musa popular, pero no vulgar y rastrera, que inspiró á D. Ramón de la Cruz, ingenio español hasta la médula, la ha desfigurado en el llamado género *chico*, que no es malo porque no sea grande, sino porque no es bueno, y, finalmente, para despejar el cielo de nuestro porvenir, alejando del horizonte que descubren nuestros ojos, cansados de llorar tantas calamidades y desdichas, los negros nubarrones del pesimismo que todo lo invade, y abriendo nuestros corazones á la dulce y consoladora esperanza que nos infunde el alto ejemplo que nos dió Cervantes con su inquebrantable firmeza de ánimo y su plácida y serena alegría, en medio de sus desventuras y de sus tristezas, llevarnos á confiar en Dios y en las energías de nuestra raza, aguardando el día en que podamos saludar, lleno el pecho de santo júbilo, la restauración, en su antigua grandeza y prosperidad, de la nación española.

## HOMENAJE.

---

El genio cae en el olvido,  
que á el sol las nubes apagan,  
pero después resplandece  
y con sus rayos abrasa.

Á la mansión de las Musas,  
se sube en fatiga tanta,  
que el camino es alto monte  
entre punzadoras zarzas.

Pero el inmortal talento  
triunfa en la ruda batalla,  
y su gloria la pregonan  
las cien trompas de la fama.

Cervantes muriendo pobre  
es una grande enseñanza;  
que el saber y la riqueza,  
muy pocas veces se hermanan.

Cayendo herido en Lepanto,  
en defensa de la Patria,  
como mísero cautivo  
en las argelinas playas,  
el escritor sin segundo  
más altivo se levanta,  
y lega al mundo *El Quijote*  
honra eterna para España.

De su libro las verdades  
no hay ninguno que no aplauda,  
pidamos á Dios se logre  
en nosotros infiltrarlas.

Y que el honor castellano  
con doble brío renazca,  
la cruz divina llevandó  
como bandera sagrada.

Y que los triunfos del Golfo,  
con los laureles de Italia,  
al despertar el León,  
se reproduzcan en África.

Hoy al cabo de los siglos  
su merecimiento acatan,  
y la nación lo enaltece  
de la corte á la cabaña.

Y en esta Universidad,  
donde las letras se amparan,  
los sabios se multiplican,  
y las ciencias se propagan;  
los ilustres profesores,  
los que acuden á estas aulas,  
obteniendo galardones  
desde la antigua *Madrasa*;  
en este solemne acto  
demuestran bien á las claras,  
que para ensalzar al Genio  
siempre dispuestos se hallan.

Y al gran Cervantes ofrece  
una corona, Granada,  
de lirios del Albaicín  
y violetas de la Alhambra.

Antonio J. Afán de Ribera.



## CERVANTES EN GRANADA. <sup>(1)</sup>

Señoras y Señores:

**B**IEN quisiera ofrecer á vuestra consideración este tema, tan completo y rico en detalles como el asunto merece, pero he de conformarme con exponer en el más reducido espacio, cuantas noticias y antecedentes conozco referente á la estancia de Cervantes en Granada, y su antiguo reino, á las relaciones amistosas que tuvo con los poetas más notables de esta ciudad, y por último, al juicio que formuló de ellos.

Pidió Cervantes á Felipe II, que recompensara sus servicios tan generosamente prestados en aquella alta ocasión en que derramó su sangre por la patria, é indicábale su deseo de ser destinado á América, con alguno de los muchos cargos que para sus posesiones concedía, pero el rey desoyendo su ruego, le contestó con estas desabridas palabras: *Busque por acá en que se le haga merced.*

(1) Los documentos y noticias referentes á la gestión de Cervantes como recaudador de tercias y alcabalas del reino de Granada que figuran en este trabajo, están tomadas de los documentos existentes en el archivo de Simancas, legajo núm. 1745, Contadurías generales, y además, de la obra de Fernández de Navarrete, de la de León Mainez (última edición) y de algunos trabajos especiales que cito oportunamente.

Volvió á insistir y nada obtuvo, reiteró su petición, y fué nombrado en Agosto de 1594 recaudador de tercias y alcabalas del reino de Granada.

Púsose Cervantes en camino, y llegó á Guadix en los primeros días de Septiembre del referido año. Adeudaba este pueblo y su partido 286, ú 83 maravedís, y pronto debió hacer la cobranza, pues entró en Baza el 9 del mismo mes, donde encontró entorpecimiento y mala voluntad, juntamente con una administración descuidadísima. Entendióse para examinar las cuentas con el Licenciado Antonio de Rueda, alcalde mayor y corregidor de esta ciudad, haciendo todas las operaciones á presencia de Alonso de España, tesorero en propiedad de la recaudación de las rentas, y de Gaspar Osorio de Tejada, que sustituía á éste en su destino, porque aún no había puesto fianza.

Debía Baza por tercias y alcabalas incluyendo á Cúllar, Caniles, Zújar y Benamaurel 3.342.320 maravedís pertenecientes al año 1594, y por los de Freilá, Boya y Macael 5.812, y además los salarios de Alonso de España. En la provisión que los contadores entregaron á Cervantes, figuraba bastante menos cantidad que la indicada, pero no pasando inadvertida para aquellos la mala administración que allí había, encargaban al ilustre recaudador investigase detenidamente la deuda, y así lo realizó arrojando considerable aumento la suma. Visto el desconcierto que reinaba en la administración, impuso un castigo pecunario al mencionado tesorero Alonso de España.

Terminada su misión en Baza, tomó el camino de Granada, llegando á esta ciudad, en donde cobró la renta de la Agüela (1) no pudiendo recaudar nada de lo que debía la casa de la moneda, por resultar incierta una de las partidas.

Debió permanecer en esta ciudad desde mediados de Septiembre, hasta los primeros días de Noviembre, en que marchó á Málaga, no sin haber estado antes en Loja y Vélez-Málaga recaudando fondos. Con fecha 17 de este último mes escribió á Feli-

(1) Renta procedente de los derechos impuestos á los préstamos, transferencias de créditos y acaso también á las hipotecas y fianzas que se hacían por documento público autorizado por los alcañiques, que desempeñaban el oficio de notarios.—L. Ezquilaz.—*Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental*.

pe II (1) una carta dándole cuenta de todos sus trabajos, que fué recibida por el rey el 28 del mismo, é inmediatamente contestó á Cervantes, ordenándole que cobrase la deuda de Motril, Salobreña y Almuñécar, y que no hiciese caso de las disculpas que daban dichos pueblos de tenerla abonada, pretestando haber pagado un libramiento del armador de Málaga, D. Diego de Manrique. Llegaron á poder de Cervantes estas instrucciones y en vez de darles cumplimiento, se trasladó á Ronda donde aparece el día 9 de Diciembre. No volvió, repito, en aquella ocasión nuestro gran hombre á los pueblos de la costa de Granada, como afirma el ilustre cervantista D. Ramón León Maínez, sino que de Ronda marchó á Sevilla, pues el 15 del mismo mes cobró una libranza de 4.000 reales en esta ciudad, en la casa de banca de Gonzalo de Salazar y Juan de Carmona, cuya libranza le entregó en Málaga el recaudador de alcabalas Francisco Pérez de Victoria, procedente de la deuda de Vélez, y de esto se desprende, que si estuvo el día 9 en Ronda y el 15 en Sevilla, como no medió entre ellos más que cinco días, no es posible que en ese tiempo fuese de Ronda á Motril, Salobreña y Almuñécar, hiciése en estos pueblos el cobro, y pudiera marchar luego á Sevilla, pues calculando las distancias y teniendo en cuenta los medios de comunicación en aquella época, resulta completamente imposible.

Con estos 4.000 reales; con algún otro giro que pudiera haber hecho, y con lo que él llevaba en metálico, reunió 7.400 reales que entregó á Simón Fréire de Lima, mercader de Sevilla, quien le dió cédula para cobrarla en Madrid.

(1) Esta interesante carta dice así: Muy poderoso Señor. Escribí á vuestra majestad los días pasados, lo que había hecho en la cobranza que por mandato de V. Majestad, vine á hacer de las fincas de tercias y alcabalas de algunos lugares de este reino de Granada. Ya acusé que dos partidas contenidas en mi comisión, que fueron la de la casa de la moneda de Granada y la de Motril, Salobreña y Almuñécar, habían salido inciertas. De las demás, que son Baza, Guadix, Agüela de Granada y Loja, he cobrado, y el dinero de ella ocepto dos mil reales, he enviado en pólizas seguros á esa corte, remitidos á Alonso Pérez de Zafra, criado del Licenciado Laguna. Después acá, he estado en Vélez-Málaga y por ostar la tierra apretada y los receptores no poder cobrar de los arrendadores, me he contentado con tomar cédula del dinero para Sevilla, que me lo darán dentro de 10 días. No me queda por cobrar más de la partida de Ronda que son 4.000 maravedís. Haseme acabado el término. Vuestra Majestad sea servido de que se me den veinte días más, en el cual habré acabado con todo, y iré á entregar el dinero donde se me mande. Y pudeseme enviar el despacho á Málaga, donde quedo esperándole. — Noviembre 19. — Miguel de Cervantes Saavedra. El sobrescrito del original dice así: «Al Rey nuestro Señor. En manos de Juan Velasco su secretario de Concejo de Hacienda.»

Quebró la casa de Fréire, y quedose Cervantes sin el producto de su trabajo, siendo objeto de todas las responsabilidades.

En esta ocasión debió volver á Granada el insigne escritor, para cobrar algún dinero, pues teniendo que percibir la renta de la casa de la moneda de esta ciudad, la de los pueblos de Motril, Salobreña y Almuñécar, y recordando las órdenes apremiantes que le dirigiera Felipe II, para que no abandonase esta comisión, es natural creer que así lo hiciera, mucho más cuando en esta época no hay noticia de que se encontrara en otra parte, y sí de que sus viajes al reino de Granada fueron frecuentes (1). Esto acaecía en los primeros meses de 1595.

No debió conseguir nada Cervantes para salvar la cantidad perdida en la quiebra, y no tuvo más remedio que poner el hecho en conocimiento del Rey, el cual ordenó con fecha 7 de Agosto de 1595 que el Dr. Bernardo de Olmedilla, juez de los grados de Sevilla, procurase cobrar los 7.400 reales de los bienes de Fréire, sin perjuicio de proceder contra Cervantes ó su fiador.

En vista del mal aspecto que ofrecía para el autor del Quijote el asunto, dirigió un escrito al monarca suplicándole se le oyere, y que él presentaría los justificantes necesarios para responder de sus actos, y en vista de ello, y con el informe favorable del Presidente de la Contaduría mayor de Hacienda, dictó Felipe II una provisión el 7 de Septiembre de 1597 exigiéndole fianza en el término de veinte días, mandando se la entregara al licenciado Gaspar de Vallejo, juez de los grados de Sevilla, facultando á éste para prenderle si no cumplía lo prevenido, y para enviarlo á la cárcel de la corte, á cuyo alcaide *le notificará—dice el Rey—le tenga preso, hasta que por el Presidente y contadores de la dicha mi contaduría mayor de Hacienda se provea y mande otra cosa, lo cual así lo haced y cumplid sin poner en ello inconveniente ni dificultad alguna, que yo lo tengo así por bien.*

No pudo Cervantes entregar la fianza y el licenciado Vallejo lo prendió y encarceló; el gran escritor pidió al Rey la merced de que la fianza que se le exigía fuese solo por lo que ascendie-

(1) Así lo dice León Maínez, Navarrete y otros biógrafos.

ra la deuda, y no por toda la cantidad reclamada, y en efecto después de examinarse de nuevo la cuenta, resultó que faltaba por entregar nada más que 2.347 reales, y entonces Felipe II accedió á ello.

El Príncipe de los ingenios fué puesto en libertad el 1.º de Diciembre de 1597 estando preso por consiguiente cerca de tres meses, quedándole todavía que apurar otras amarguras, pues en 10 de Septiembre de 1601, vuelven á acordarse los señores de la tesorería general de las cuentas de Granada y examinadas éstas, equivócanse los funcionarios de la tesorería, suponiendo sin justificar los 136.000 maravedís que entregó Francisco Pérez de Victoria á Cervantes, y ordenan á Bernabé del Pedroso, Tesorero de Sevilla, lo prenda y encarcele de nuevo, y así resulta de una curiosa información que firma en Valladolid, Domingo de Ipenarrieta en 24 de Enero de 1603 y de la que copio lo que sigue: *Para que viniese Cervantes á dar la cuenta se han dado cartas para que el Sr. Bernabé del Pedroso, le soltase de la cárcel en que estaba en Sevilla, dando fianza de venir á darla dentro de dicho término, y hasta ahora no ha venido ni hay razón de las diligencias que se han hecho* (1).

Estas cartas á que alude la información no son conocidas según afirma Maínez, sin embargo existe un borrador de una de ellas que encontró el Sr. Quirós de los Ríos, y publicó en 1887 dirigida al Dr. Thebussen, y en uno de sus párrafos dice, que *el pobre de Cervantes ante todas cosas sea restaurado en su acostumbrada libertad, dexándole en el ejercicio de su estudio; y que esto por todo lo debe su md. de hacer, lo uno por lo que toca á la acusación que sobre ello le perna su conciencia, y lo otro por el ecelente fruto de su habilidad y eloqüencia se espera gocemos* (2).

Más parece verdadera saña que diligencia en el mejor servicio, esta nueva prisión de Cervantes, y es muy significativa la presencia en el tribunal de la contaduría mayor, del receptor de alcabalas de Baza, Garpar Osorio de Tejada, que fué en aque-

(1) Archivo de Simancas Contaduría mayor 2.ª época legajo 253.

(2) El distinguido escritor Sr. Valladar, en un artículo que publicó en *El Defensor de Granada* sobre el Centenario del Quijote, hace referencias á esta carta, copiando el indicado fragmento.

lla época á entregar cuentas, pues es posible que este hablara mal del insigne escritor, á caso para vengarse del castigo que impuso á Alonso de España, recaudador de dicho pueblo, por lo embrollado que encontró aquella administración, á cuyo estado quizá no fuese extraño el mismo Gaspar Osorio.

Está fuera de toda duda, que en la cárcel de Sevilla, donde le llevaron las cuentas de Granada, y la mala voluntad de los hombres, escribió parte del Quijote, y á ella alude cuando dice en el prólogo de su libro inmortal, que este se engendró en una cárcel, *donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitaciõn.*

Y aunque había motivos por las circunstancias referidas, para que le hubiese parecido fatídico el recuerdo de Granada, no solo habló bien de ella en cuantas ocasiones se le presentaron, sino que la escogió para hacerla escenario de algún regocijado capítulo de sus novelas, como aquel que trata del encuentro y conocimiento de Rinconete y Cortadillo “en los límites de los campos de Alcudia, viniendo de Castilla á Andalucía, en la famosa venta del Molinillo.

Voy á demostrar que esta venta, es la tan conocida del camino de Guadix á Granada, y no otra como suponen algunos. No hay más Alcudias viniendo de Castilla á Andalucía que dos, Alcudia de Granada, y Alcudia de Almería, pues aunque hay otras villas y lugares de este nombre, no pudo referirse Cervantes como se comprenderá, á las tres que existen en Baleares, ni menos á las dos que hay en la provincia de Valencia. Sábese que no estuvo nunca en tierras de Almería, y por consiguiente hay que excluir también el de dicha provincia, no solo por esta causa sino también por su situación, muy al Este de España, cerca del Mediterráneo; de manera, que no existe otro Alcudia viniendo de Castilla á Andalucía que el nuestro, ni más venta del Molinillo, próxima á sus campos que la del camino de Guadix, por donde pasó Cervantes varias veces como se sabe, y en donde es fácil que se hospedara.

También nos habla de Granada en el *Coloquio de los perros*, cuando Berganza vino á ella, mencionando con este motivo las huertas cercanas al monasterio de San Jerónimo, llenas de gra-

nados como él dice; la amistad que hizo con el comediante Angulo el Malo, que se encontraba en esta ciudad con el célebre escritor Agustín de Rojas, y sobre todo la especial psicología de los moriscos granadinos á los cuales juzgó con exagerada dureza. En su renombrado D. Quijote, cuando el *Ingenioso hidalgo* se encontró con el caballero D. Álvaro Tarfe, celebra á Granada; en otro capítulo llama nada menos que *divino* á nuestro Genil, y por hablar de todo, cita aquella escuela de picardías rufianescas que existió en esta ciudad, llamada la Rondilla (1) en donde aprendió sus malas artes, el famoso ventero que armara y confiara á D. Quijote, la orden de caballería.

Encontró Cervantes en Granada, escritores y poetas con quienes tuvo grande amistad, como lo demuestra la frecuencia con que habla de ellos, juzgándoles con señaladas muestras de estimación, en su celebrado *Canto de Caliope*, y en su no menos notable *Viaje del Parnaso*, y al decir poetas granadinos, indico no solo aquellos que son hijos de Granada, sino á esos otros que si no vieron en esta ciudad la luz primera, nacieron en pueblos de su antiguo reino, y sobre todo, aquí estudiaron y ejercieron sus profesiones; aquí formaron su espíritu, su gusto literario, su escuela; aquí tuvieron sus amores, y sintieron el sagrado fuego de sus inspiraciones poéticas.

En Granada como en Sevilla, frecuentó Cervantes las academias literarias, lugar obligado para conocer á todos los ingenios, y apreciar sus méritos. Si en la ciudad del Guadalquivir, gozó de la amistad y compañía de aquella gloriosa falange de hombres notables que se reunían en la casa del duque de Alcalá (2) y en la del veinticuatro y poeta D. Juan de Arquijo, (3) en Granada debió cultivar anteriormente la amistad de otra falange ilustre, que formaba la academia de D. Pedro de Granada y Venegas. Precisamente en la época en que Cervantes estuvo en esta ciudad desempeñando su malhadada comisión, tenían lugar las fa-

(1) Así se llamaba á lo que hoy se conoce con el nombre de Campillo y algún espacio más hasta la orilla del río.

(2) D. Fernando Enriquez de Rivera, tercer duque de Alcalá, quinto marqués de Tarifa, Adelantado de Andalucía, etc.

(3) Rodrigo Caro, —Claros varones en letras, naturales de Sevilla,

mosas sesiones en la casa de D. Pedro que era el palacio de Senti Meriem frente al convento del Ángel. Allí es probable que conociera á aquel su poeta favorito Luis Barahona de Soto, que á la sazón hallábase en Granada, y que asistió á la solemnidad literaria que organizó la academia, con motivo del descubrimiento de las reliquias del Sacro-Monte, y en la que leyó D. Pedro una poesía alusiva á este sagrado lugar, y D. Agustín de Tejada, otra *Á la venida de los siete varones apostólicos* (1).

El ambiente intelectual de Granada en aquella época, era el más apropósito para que un espíritu tan cultivado como el de Cervantes, encontrara aquí su natural asiento.

Solo en el orden poético sobresalían Luis Barahona de Soto, el Dr. Mira de Amescua, Agustín de Tejada y Páez, Pedro de Cáceres Espinosa, Soto de Rojas, Juan de Montoro, Pedro y Gabriel Rodríguez de Ardila, Gregorio de Angulo, el licenciado Gutierre Lobo, Pedro de Granada y Venegas, Gregorio Morillo, Bartolomé Luis de Berrio y su hijo Gonzalo Mateo de Berrio, Juan y Francisco de Fariás, Andrés del Pozo, Juan de Arjona, Gaspar de Baeza y D.<sup>a</sup> María Juana de Espinosa á quien llamaban la cuarta gracia y la décima musa. En aquellos años andaban por Granada con frecuencia, Vicente Espinel, Pedro de Espinosa, Cristóbal de Mesa, Luis Martín de la Plaza y otros muchos que cantaron á esta ciudad en hermosos versos, y aún parecía oírse recitadas por ellos, las poesías admirables de Diego Hurtado de Mendoza, del negro Juan Latino, famoso catedrático de esta Universidad, de Gregorio Silvestre, de Fernando de Acuña que acababan de bajar al sepulcro y que cifieron á la poesía granadina una corona de gloria. Y no he de olvidar que aquí en Granada, al lado de estos poetas, sintió aquella divina inspiración, aquel beso de Dios, que se transformaba en raudales de ternura y sentimiento en sus incomparables canciones, el más grande, el más dulce y exaltado de los poetas místicos, San Juan de la Cruz (2).

(1) Noticias inéditas de Barahona de Soto, por D. Aureliano Fernández Guerra, publicadas por el Sr. Rodríguez Marín en su obra sobre este poeta.

(2) En Granada escribió casi todas sus obras según puede verse en mi estudio «San Juan de la Cruz en Granada» que publiqué en la revista *La Alhambra*.

Solo faltaba que pisara esta privilegiada tierra granadina el Príncipe de los Ingenios, Miguel de Cervantes Saavedra.

¿Qué amistad tuvo con casi todos los poetas de esta ciudad, y cómo juzgó á cada uno? Vamos á verlo.

Á quien admiraba más de todos ellos, fué á Luis Barahona de Soto, que aquí hizo sus estudios médicos, siendo discípulo de aquella gloria de nuestra insigne facultad de Medicina, del doctor Pedro Mercado. Aquí ejerció después su profesión, aquí guerreó con los moriscos, y aquí escribió por último la mayor parte de sus poesías, ensalzando á Granada como el más amante de sus hijos. Pues bien, en esta ciudad fué donde seguramente conoció Cervantes á Barahona, pues los dos estuvieron en ella en los primeros meses de 1595, y esta opinión mía, parece más aceptable que la que expone el Sr. Rodríguez Marín en su hermosa obra sobre este escritor (1), que se cree se conocieron en Archidona, fundándose en que estando allí el médico poeta en la última época de su vida, y siendo este pueblo uno de los lugares de paso para Granada, es posible que al venir Cervantes á esta ciudad, se encontrara con él alguna vez.

Barahona de Soto publicó en Granada su hermoso poema *Las lágrimas de Angélica*, y Cervantes lo elogia grandemente en aquella escena del Quijote, en que el cura y el barbero hacen el donoso y grande escrutinio de los libros del Ingenioso Hidalgo, y cuando cansados de esta labor quieren arrojar los que les quedan al fuego, el barbero que tenía uno en las manos leyó: *Las lágrimas de Angélica*. «Llorárala yo dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiese mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no digo de España, y fué felicísimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.»

Y en el *canto de Caliope* con que adorna su novela *La Galatea*, dedica á Barahona los siguientes encomiásticos versos:

Tejed de verde láuro una corona  
Pastores, para honrar la dina frente  
Del Licenciado Soto Barahona,  
Barón insigne, sabio y elocuente.

(1) F. Rodríguez Marín.—*Luis Barahona de Soto*. Premiada por la Academia Española.



Grande debió ser la amistad de Cervantes con el celebrado poeta granadino Pedro Soto de Rojas, canónigo de la Iglesia del Salvador y cuya casa del Albaicín, llamada de los Mascarones, fué en su época refugio de todos los amigos de las musas.

Y esta amistad debió aumentarse en Madrid, donde asistían los dos á aquella celeberrima academia del Conde de Saldaña, en la que Lope de Vega, leyó un día una canción con los anteojos de Cervantes, los cuales tenían unos cristales tan rotos y convexos, que según frase de aquel parecían hucvos estrellados; pues bien, en una de estas academias, y con motivo de un discreteo poético, vinieron á las manos el poeta granadino, y el no menos célebre Luis Vélez de Guevara, teniendo que ponerlos en paz Cervantes y los demás tertulianos (1), cuyo suceso dió al traste con la reunión. Ocho días después, asistían todos como si nada hubiese ocurrido á la nueva academia de D. Francisco de Silva y Mendoza, hermano del Duque de Pastrana, y cuyo discurso inaugural hizo Soto de Rojas, cubriendo su nombre con el pseudónimo *El Ardiente*.

Á Soto de Rojas y al docto escritor y poeta granadino Gregorio de Angulo, dedica Cervantes estos versos en su *Viaje del Parnaso*.

.....  
Pero dos valerosos, dos maestros,  
Dos lumbreras de Apolo, dos soldados  
Únicos en hablar, y en obrar diestros,  
Del monte puestos en opuestos lados,  
Tanto aprietan á la turba multa  
Que volvieron á tras los encumbrados.  
Es Gregorio de Angulo el que supulta  
La canalla, y con él Pedro de Soto,  
De prodigioso ingenio y vena culta.  
Doctor aquél, estotro único y docto  
Licenciado, de Apolo ambos secuaces,  
Con raras obras y ánimo devoto.

No menos que á estos encomia, aquel célebre abogado y poeta de Granada Gonzalo Mateo de Berrio (2), de quien afirma Mai-

(1) Cartas de Lope de Vega: Salas Barbadillo. - *La ingeniosa Elena*.— Cabrera.— Relaciones.—D. M. Fernández de Navarrete. *Vida de Cervantes*. Pedro Soto de Rojas.—*Paraíso cerrado para muchos y jardines abiertos para pocos*: con fragmentos de Adonis, Granada, Baltasar de Bolívar, 1652.

(2) Estudió en la Universidad de Granada, haciendo el grado de Bachiller en leyes en 1572, —Archivo universitario.

nez, fué el primero en inventar las comedias de moros y cristianos con ropas y tunicelas (1).

De él dice Cervantes lo que sigue:

Tú, Darro, de oro conocido río,  
Cuán bien ahora puedes señalarte,  
Y con nueva corriente y nuevo brío,  
Al apartado Hidaspe aventajaste,  
Pues Gonzalo Mateo de Berrio,  
Tanto procura con su ingenio honrarte,  
Que ya tu nombre la parlera fama  
Por él por todo el mundo se derrama,

Con qué entusiasmo habla Cervantes de aquél su íntimo amigo Pedro de Padilla, famosísimo estudiante de esta Universidad quien le dispensó los derechos de grado por su pobreza (2).

Esta ilustre casa formó su espíritu, como el de casi todos los poetas que he mencionado; en esta ciudad escribió infinidad de poesías, y el célebre Bermúdez de Pedraza en su obra *Antigüedad y excelencias de Granada*, le llama *habilidad rara, única en decir de improviso y á pocos inferior en escribir de pensado*.

Cervantes dedicó varias poesías á sus obras, y por último, en en el *Viaje del Parnaso* lo alaba de esta suerte:

Admíreos un ingenio en quien se encierra  
Todo cuanto pedir puede el deseo,  
Ingenio que aunque vive acá en la tierra,  
Del alto cielo es su caudal y arreo;  
Ora trate de paz, ora de guerra,  
Todo cuanto yo miro, escucho y leo  
Del celebrado Pedro de Padilla  
Me causa nuevo gusto y maravilla.

No menos elogio tributa Cervantes á D. Francisco de Farias, poeta granadino, autor de una celebrada traducción en tercetos de *El rapto de Proserpina de Claudiano*.

He aquí el elogio:

Este que de la cárcel del ovido,  
Sacó otra vez á Proserpina hermosa,  
Con que á España y al Dáuro ha enriquecido,  
Veréisle en la contienda rigurosa,  
Que se teme y se espera en nuestros días  
Culpa de nuestra edad poco dichosa,  
Mostrar de su valor las lozanías  
Pero ¿qué mucho si es aqueste el docto  
Y grave D. Francisco de Farias.

(1) R. León Mañez.—Cervantes y su época, pág. 232, última edición.

(2) Estudió en Granada, bachillerándose en artes en 1564; nació en Linares.— Archivo universitario.

Conocía Cervantes perfectamente el carácter y tendencias de los poetas que alabó, y en cuatro palabras señala la nota especial que distingue á su poesía.

Ved lo que dice de la de Agustín de Tejada, después de celebrar á Pedro Rodríguez Ardila:

Este de quien fuy siempre devoto,  
Oráculo y Apolo de Granada,  
Y aún de este clima nuestro y del remoto,  
Pedro Rodríguez es. Este es Tejada,  
De altisonantes y sonoros versos  
Con majestad en todo levantada.

Tres versos dedica Cervantes al humanista y poeta granadino Andrés del Pozo, pero con ellos hace una brillante apología de este escritor; dice así:

Anciano en el ingenio y nunca mozo,  
Humanista divino, es según pienso  
El insigne doctor Andrés del Pozo.

No olvida Cervantes á Gregorio Morillo (1), famoso ingenio de Granada que cultivó con igual fortuna el género místico, el festivo y satírico. El autor del Quijote lo considera más como místico, y he aquí lo que dice de él:

En soledad del cielo acompañado  
Vives oh gran Morillo, y allí muestras,  
Que nunca dejan tu cristiano lado  
Otras musas más santas y más diestras:  
De mis hermanas fuiste alimentado  
Y ahora en pago de ello nos adiestras,  
Y enseñas á cantar divinas cosas,  
Gratas al cielo, al suelo provechosas.

Cervantes, en el prólogo de sus comedias, habla de aquél gran poeta, gloria de esta tierra y principalmente de la ciudad de Guadix, donde nació, el Dr. Mira de Amescua, á quien llama *honra singular de nuestra nación*, y por celebrar á casi todos, inmortaliza también con unas cuantas frases á D. Fernando de Acuña, poeta distinguido, traductor de Óvidio y Boyardo, que aquí escribió sus versos, y aquí murió, y á quien alaba en *La Galatea* por boca de Caliope, que representando la inspiración decía: *Yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana, y la que no dejó jamás el lado de D. Fernando de Acuña.*

(1) Se bachilleró en cánones en la Universidad de Granada en 1584.—Archivo universitario.

Como se vé por lo que dejo apuntado, no fué poca la suerte que tuvieron las letras granadinas encontrando en Cervantes un tan insigne propagandista de sus méritos, pues aunque en el fondo de todos estos juicios hay rasgos de galante benevolencia, es indiscutible que ofrecen los poetas mencionados una personalidad literaria tan definida, que por ellos se puede juzgar la significación y valimiento, de la escuela poética de nuestra ciudad, en las postrimerías del siglo décimo sexto.

Y no se crea que Cervantes acentuó mucho la nota encomística; ved lo que decía de estos ingenios en aquella época Lope de Vega, en unas quintillas que dirigió al beneficiado de Pinos Puente, Juan de Arjona, notable humanista y elegante poeta, traductor de la *Tebaida* de Publio Estacio Papino.

De tal modo me aficiona  
Con sus ingenios Granada,  
Eruditísimo Arjona,  
Viendo en cumbre tan nevada,  
Tan excelente Helicon,  
Que por lo que me aventajo,  
Más quisiera aunque soy bajo,  
Para vuelo tan sutil,  
Ser un jaspe del Genil  
Que el mejor cisne del Tajo.

Bien puede enorgullecerse la gloriosa Universidad de Granada, de haber cultivado la razón y enriquecido el sentimiento de estos insignes hijos suyos, tan celebrados por Cervantes, pues en sus cátedras aprendieron los secretos de las ciencias y admiraron las bellezas del arte literario. Ella sembró en sus inteligencias los gérmenes de una vida más elevada y consoladora, ella abrigó sus espíritus fomentando sus poéticas inspiraciones, ella les enseñó ese áspero, pero al fin glorioso camino por donde llegaron á la inmortalidad.

Bien hace esta ilustre casa en celebrar el tercer centenario de la publicación del Quijote, porque honrando á Cervantes, cumple un doble deber; el patriótico de rendir un homenaje de admiración á este genio de las letras, y el de agradecimiento al que inmortalizó á los poetas granadinos de su época, llevando sus nombres y su fama por todos los lugares de la tierra.

MIGUEL M.<sup>a</sup> DE PAREJA.

---

## LLORABA SONRIENDO!...

---

.....  
δακρύζειν γελᾶσαο...

Iliada, del canto VI. en el v. 484.

*Lloraba sonriendo...* Con esta frase bella y conmovedora expresa el divino Homero el intenso dolor de la infortunada Andrómaca al recibir el postrer adiós de su amadísimo Héctor; del héroe magnánimo en quien la esposa desolada cifraba todo el bien de su vida en el mundo. Le vé partir, y presintiendo la sin ventura su fatal destino, á la vez que sintiéndose iluminada por los esplendores de su gloria, le despide con la tierna sonrisa en los labios y derramándosele por los ojos el corazón.

Tal mezclan lágrimas amargas con suaves benévolas sonrisas los genios privilegiados que son á la vez mártires sublimes en el mundo. Uno de ellos el Príncipe de los Ingenios españoles, cuya glorificación verifica en este día memorable su Patria agradecida.

El divino Cervantes, como casi todos los grandes genios que constituyen el honor y la gloria de la Humanidad de la Tierra, recorrió durante su accidentado vivir penosa vía de la amargura. Empezó antes de despedirse de la mísera vida terrenal, en la que había sufrido tan hondos pesares y soportado tan tremendas injusticias, aquel espíritu soberano, amargado por sus propias desventuras y más aún por las que tal vez presentía que es-

peraban á su adorable madre patria, por la que *en la ocasión más alta que vieron los siglos* había derramado su sangre generosa, arrojó al mundo, *con la sonrisa también en los labios y lágrimas de dolor en los ojos*, la *Historia peregrina de su Ingenioso Hidalgo*; queriendo quizá simbolizar en aquella fábula joco-séria de su flaco y enloquecido Caballero andante, el débil brazo y el pobre espíritu, honrado y bueno sí pero misero é insensato, que quedaban en el mundo para amparar y proteger la causa sagrada de la razón y del derecho augusto contra los atropellos y desafueros de la sinrazón y de la injusticia.

En aquel sublime maravilloso libro quedaba á la vez copiada á perpetuidad con arte divino é incomparable la eterna lucha de la idealidad santa, abnegada y sublime contra el prosaismo soez y la atávica barbarie del humano linaje; y hé ahí porqué la Historia épico-cómica del buen Alonso Quijano y de su célebre escudero se ha extendido por toda la haz de la tierra, y ha sido trasladada á todas las lenguas más nobles y cultas del universo mundo para deleite, consuelo y enseñanza de los viejos y de los niños, de los sabios y de los indoctos, de los encumbrados y de los humildes.

El admirable creador de obra tan sublime no fué honrado ni en vida ni en muerte cual merecía, por olvido é ingratitude de los hombres. ¡Loado sea este gran día en el que la Patria española enorgullecida glorifica la memoria del genio soberano, por cuyo prodigioso libro vivirán eternamente la noble España y la hermosa rica y armoniosa lengua castellana en la memoria de los hombres!...

ANTONIO GONZÁLEZ GARBÍN.

Madrid 1905.

---

## Á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

---

Sube hasta el sol el águila gigante,  
Del espacio, sin límites, señora;  
Altiya y arrogante,  
Del tiempo y la distancia vencedora,  
Surca mares de luz: mide tranquila  
El abismo sin fin, y, triunfadora,  
Desciende con inmensa pesadumbre,  
Encerrado trayendo en su pupila  
Rayo inmortal, de la celeste lumbre.

Así tu soberano  
Ingenio, escala el cielo de la idea:  
Sube á la excelsa cumbre  
Donde de Dios el fuego centellea,  
Y á la luz de sus vivos resplandores  
Tus concepciones inmortales crea.

Que su vuelo al tender tu fantasía  
Nuevos espacios á su afán buscando,  
Del eternal concierto la armonía  
Supo audaz sorprender, y á la asombrada  
Humanidad, que entre dolores gime  
Por la punzante duda atormentada,  
Dió esa epopeya enérgica y sublime,  
Mezcla feliz de humano y de divino,

BIENHECHOS DE L

Cuyo valor los siglos aquilatan,  
Y en donde, con ingenio peregrino,  
De la razón las luchas se retratan.

Nada á tu inteligencia soñadora  
Ocultó el porvenir: otro camino,  
Derrotero distinto, nueva vía  
Para cumplir la ley de su destino,  
Ante el humano espíritu se abría;  
Y el tuyo poderoso,  
Leyendo en los misterios del futuro  
Con intuición pasmosa, como guía,  
Como potente faro luminoso,  
Le prestó, para hallar puerto seguro,  
Con el sublime afán del sentimiento,  
Con la altiva misión de la poesía,  
La luz de tu fecundo pensamiento.

¿Qué importa que tu siglo, en su locura,  
No escuchara tu voz, desvanecido  
Con la noble embriaguez de su grandeza,  
Al ver el mundo ante sus pies rendido,  
Si fué, como padrón de eterna gloria,  
Un triunfo para él cada aventura,  
Cada paso en Europa una victoria?

¿Qué importa su desdén? Sobre él te alzaste,  
Y con soberbia inspiración valiente,  
Si sus nobles instintos ensalzaste,  
También sobre su frente  
Sus inmensas flaquezas arrojaste.

Tú solo comprendiste el extravío  
De aquel afán ardiente  
Que sostuvo en constante desafío  
Contra todo poder al suyo ajeno  
Á la nunca vencida ni domada  
Española nación, y tú tan sólo  
Viste, que de la bélica jornada,  
Aún volviendo de gloria coronada,  
La altiva sién ceñida de laureles,

Tornaría sin tercios, sin bajeles,  
Y empobrecida, y rota, y desangrada...

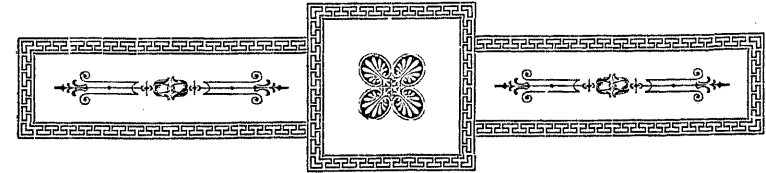
Tu númen midió entonces  
Tan sublime locura, y asombrado,  
Dando á tu inspiración vuelo fecundo,  
De la verdad y el Arte sacerdote,  
Como espejo y dechado, diste al mundo,  
La figura inmortal de D. Quijote.

Más no te comprendió; también luchaba  
Por sublime ideal: también soñaba  
En gigantes progresos de grandeza,  
Y no alcanzó á ver, ciego,  
Que ora discreto ó loco,  
Ya refulgente luz ó noche oscura,  
Fué el Hidalgo Manchego  
La sátira cruel de su flaqueza,  
La viva encarnación de su locura.

La muerte te vengó: que del oscuro  
Centro de tu ignorada sepultura,  
Brotó con sus serenos resplandores  
De la inmortalidad el rayo puro,  
Que al borrar de tu frente los dolores  
Del eterno martirio de tu vida,  
Tornóse en sol radiante  
Que encendió con vivísimos fulgores  
La obra de tu inspirada fantasía,  
Llenando, de tu nombre con la fama,  
Del Universo la extensión vacía.

La muerte te vengó: arde aún la llama  
De tu ingenio fecundo,  
Y tu figura, asombro de la Historia,  
Pasma y admiración de los humanos,  
Tiene, por pedestal, el ancho mundo;  
Y cual dosel inmenso de tu gloria,  
El manto de los cielos soberanos.

*Francisco J. Cobos.*



## EL QUIJOTE IDEAL Y EL QUIJOTE HISTÓRICO

Señoras y señores.

MUCHAS y variadas han sido las opiniones emitidas por los críticos acerca del alcance ó finalidad de la inmortal obra de Cervantes.

Quien ha pretendido encontrar solo en el Quijote una sátira política de actualidad con ribetes antimonárquicos, y personificado en el héroe de esta obra, la figura augusta del Rey-emperador.

Quien ha soñado que todo el libro no es otra cosa que una serie de sátiras personales, en las que satisfacía su autor una dulce venganza contra determinados individuos, de quienes había recibido verdaderos ó pretendidos agravios.

Hay quien supone á Cervantes un filósofo racionalista y un demócrata republicano, que pretendió veladamente exteriorizar sus ideas en la obra que tan merecida fama le conquistó en el mundo.

Y hay también, quien partiendo de aparente base cierta, asegura que el Quijote encierra un sentido oculto y elevado, que se representa admirablemente en la oposición dramática de lo ideal

y lo real, simbolizados en los dos personajes principales de la novela.

Frente á estas aseveraciones de la crítica apasionada, está la manifestación clarísima del mismo Cervantes, cuando repetidamente asegura que solo se propuso *poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería*, como lo hizo con singular fortuna, ofreciendo al mundo su hermosa producción literaria, que por todos es proclamada la primer novela cómico-burlesca que se conoce en todas las naciones.

Y he aquí, como del estudio sintético de estas opiniones surgen inmediatamente el *Quijote ideal* y el *Quijote histórico*, representación el primero de la fantasía exagerada y del apasionamiento inexplicable de los críticos, y el segundo, de la manifestación espontánea de su autor, sancionados por el juicio desapasionado de la historia, que ha visto en obra tan maravillosa un profundo, transcendental y dramático poema, donde para cumplir los fines que su autor se propuso, se retrata de modo magistral y admirable la sociedad española de su época, y se dan lecciones oportunísimas que siempre debieran aprovechar las generaciones posteriores.

¿Cabe duda alguna para desechar las opiniones ideales respecto al Quijote, y aceptar sólo la manifestación de su autor, robustecida por la historia que proclama al poema eterno de Cervantes como el poderoso airete, que no solamente destruyó los libros de caballería, sino que á más, quizás sin él pensarlo, hizo un libro, gloria de su autor, gloria de España y gloria del mundo entero?—De ninguna manera cabe dudar en materia tan clara, y que tiene tan hermosas ejecutorias á su favor.

En efecto.—Sería preciso desconocer quien era Cervantes, su amor á las glorias nacionales, su acendrado españolismo y su gran cultura, para afirmar que en el Quijote se pretendía ridiculizar al vencedor de Pavía; ni hay tampoco pasaje alguno en este libro de donde se pudiera deducir intención tan malvada en el soldado de Lepanto, ni antecedentes de ningún género en sus demás obras que pudieran remotamente confirmar tan atrevido aserto.

También empequeñecen en alto grado la figura de Cervantes, los que pretenden que su obra no es otra cosa que una serie de sátiras personales para satisfacer el ruín placer de la venganza.—El cautivo de Argel era un espíritu demasiado noble y caballeroso, para creerle capaz de tales mezquindades, que solo cabe concebirlas al que torcidamente interpreta las punzantes alusiones que hay en su libro, y, que hasta ahora permanecen indecifrables, apesar de los laudables pero inocentes esfuerzos, de los que han llegado á querer personificar realmente, y hasta á dar estado civil, á cada uno de los personajes del Quijote.

Más agravio le infieren al gran escritor que hoy celebramos los que, desconociéndole sin duda, le hacen filósofo racionalista y rabioso demócrata, republicano y hasta socialista, tal como se quiere entender todo esto en las modernas escuelas filosófico-políticas.

Cervantes tenía arraigados dos hermosos sentimientos en su alma; el de la religión y el de la patria. Y mal podía teniéndolos, y conociendo como conocía su época, aparecer como descreído y antimonárquico, el que con respeto habla siempre de la religión, de la patria y del rey, buscando protección para sus obras en la nobleza, junto á las gradas del trono y con los consuelos y amparo de los ministros del Señor.

Puede pasar, si no se exagera, la opinión de que el Quijote quiso representar la oposición entre lo ideal y lo real, personificados en los dos personajes principales de tan hermoso libro. Pero aún así, no puede afirmarse tal opinión categóricamente, toda vez, que si de esta lucha admirablemente sostenida, parte la fama que universalmente ha adquirido este libro, si tal hubiere sido el propósito de Cervantes, así lo hubiera dicho, le hubiera llamado la mejor de sus obras, habida consideración á tal alteza de miras y en su rectitud de intenciones, no hubiera compuesto este poema donde al fin y al cabo, en la lucha que su héroe sostiene con la realidad es vencido, y el ridículo resulta vencedor de los nobles propósitos que aquel abrigaba en su perturbado cerebro.

Queda pues, como única posible opinión, la de ser este libro lo que dijo Cervantes que era, una sátira cruel y virulenta con-

tra los libros de caballería, sin ulteriores fines y sin recónditos y disfrazados propósitos. Este es el Quijote *histórico*, el Quijote ante el que se descubren todos los pueblos, el Quijote pintor de mano maestra de las costumbres de su época, y donde se revela cual en ninguna obra literaria, un conocimiento perfecto del corazón humano, y una adaptación prodigiosa en cada uno de los pasajes de esta obra, de situaciones y accidentes de nuestra vida nacional; lo que no hubiera podido realizarse sin conocer Cervantes, como conocía, la historia de España.

Lo que es, que éste, como todos los genios, sin él saberlo, al exteriorizar su pensamiento de modo maravilloso, hizo un libro, concepción altísima bajo el punto de vista filosófico, fecundo en provechosas enseñanzas, y muy práctico de suyo, como obra del que en sus viajes, luchas y cautiverio, conocía cual ninguno la sociedad y la vida, presentando personajes y caracteres con virtudes y vicios, que bien pudieran encarnar en los contemporáneos.

Este es el Quijote que escribió Cervantes; no el Quijote *ideal*, el que han pretendido que escribiese los críticos atrevidos que hoy le juzgan, queriendo que representase lo que nunca soñó, ni pudo soñar, el que nos legó con este libro inmortal una obra histórica, tan galanamente escrita que entendida por todos, es sin embargo el código más escrupuloso del buen gusto literario.

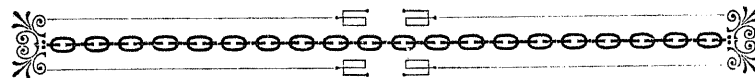
Olvidemos para siempre al Quijote *ideal*, fruto de imaginaciones exaltadas ó de fanáticos sectarios; plaza al Quijote *histórico*, al eterno y popular Quijote, de universal renombre, que al ser por todos celebrado y en todos los idiomas impreso, da el más atroz mentís, al que no ha mucho, en su afán de originalidad, se ha atrevido á decir, que el Quijote lo escribió Cervantes para leerlo él solo, pues nadie lo ha entendido ni comprendido, desde la época de su concepción, hasta los tiempos que alcanzamos.

HE DICHO.

Francisco de P. Villa-Beal y Valdívía.

DECANO DE LA FACULTAD DE LETRAS.

Granada 8-5-905.



## La Historia Natural y el Quijote.

*Excmo. é Ilmo. Sr.,*

Señoras, Señores:

DESIGNADOS por el Excmo. Sr. Rector de la Universidad, para desarrollar *brevísimamente* en este acto solemne, uno de los múltiples aspectos que á la consideración y estudio ofrece la clásica obra cuyo tercer centenario se conmemora, hemos sido subyugados á elegir por asunto *La Historia Natural y el Quijote*; pues aunque como dice Sancho, no hay cosa donde su señor no pique ni deje de meter su cucharada, no es menos cierto que las más veces, en ningún ramo del saber picó en tan alto grado como en Historia Natural, hasta el punto de haberse inspirado en las sublimes maravillas de nuestra madre naturaleza y tomado por norma los seres que la pueblan, para formular sus deducciones filosófico-sociales.

\* \* \*

El célebre autor del Quijote debió estudiar el *Dioscórides*, traducido é ilustrado por el Dr. Laguna, cuya primer edición apareció en Amberes el año 1555, siendo reproducida cuatro veces en Salamanca durante el siglo XVI, toda vez que, á más de ci-



tarlo (parte 1.<sup>a</sup> capítulo XVIII) designa á los animales y plantas con las denominaciones castellanas que en aquél se emplean. También estudiaría seguramente la Historia Natural de *Plinio* que por aquel entonces circulaba, ó al menos, la parte referente á los animales, ya traducida por Huerta.

Y como á esos conocimientos unía un poderoso espíritu de observación, fuente preciosa é inagotable de los más grandes descubrimientos, estrella polar de los mayores ingenios de todos tiempos desde Virgilio á Dante, desde Thales de Mileto á Franklin, desde Aristóteles á Galileo, desde Newtón á Leverrier, desde Wat á Edisón, y un exacto conocimiento del medio ambiente en que vivía, del medio ambiente cual lo conciben los modernos naturalistas, síntesis formidable de las influencias físicas y morales, suma aritmética de cuanto rodea, nutre, excita, dirige y sostiene al hombre desde que nace hasta que se extingue la vida, era consecuencia lógica ofreciese al mundo esa maravillosa producción literaria, que sintetiza la ciencia de su época. ¡Asombrosa conjunción de las ciencias y de las letras!

\* \* \*

La simple ojeada de la incomparable novela del Ingenioso Hidalgo, corrobora la veracidad de nuestras afirmaciones.

Escasa parte concede á la Geología, á la sazón en estado embrionario. Limitase á citar los minerales más importantes, siendo notable por todos conceptos, la clara y concisa descripción de la famosa cueva de Montesinos, suntuoso palacio ó alcázar cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal trabajados; y aunque se tenga por apócrifa la aventura que en ella acaeció á D. Quijote, jamás pudo imaginarse lugar mejor adecuado, para dar vida á las ideas latentes en tan soñador cerebro.

Mayor extensión alcanzan la Botánica y Zoología, entonces más conocidas.

Aproxímanse á ciento las plantas que se mencionan, distinguiéndolas con los nombres propios de las especies ó de los frutos que producen, y es muy digno de observación, el que se ten-

ga cuenta de la variedad que había de encontrarse en el itinerario de la Mancha á Barcelona.

Indícanse entre ellas el mágico *romero*, elemento indispensable para la confección del salúfero bálsamo de *fierabrás*, cuyas preconizadas virtudes jamás alcanzaron á Sancho; el purgante *ruibarbo*, el fúnebre *ciprés*, el *pino*, por las estacas con que fueron molidos caballero y escudero en la aventura de los yangüeses; la *palma* que se mueve cargada de dátiles; los *trigos* y particularmente el rubión, candeal y trechel; las *lantejas* ó *lentejas*; los *garbanzos* de los buenos de Martos; la amoratada *berengena*; las *cepas*, las olorosas *rosas*, las *retamas*, tan abundantes que sirvieron de mojones para que Sancho pudiera encontrar á su señor; las altas y lisas *hayas* donde el dolorido Grisóstomo grababa el nombre de Marcela; los valientes *alcornoques* que en otros tiempos desprendían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas; las *encinas*, cuyas bellotas avellanadas inspiraron el famosísimo y nunca bastante celebrado discurso de D. Quijote á los cabreros; y, por último, aquellas sobre las que escribía en su soledad los notables versos:

Árboles, yerbas y plantas  
Que en aqueste sitio estáis  
Tan altas, verdes y tantas;  
Si de mi mal no os holgáis.

. . . . .

Pasan de ciento los animales que se citan y, en general, con indicaciones concretas suficientes á distinguirlos.

Nómbrense las solícitas y discretas *abejas* que forman sus repúblicas entre las quiebras de las peñas y los huecos de los árboles, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo; las *almejas* y *caracoles* con sus casas blancas y amarillas; el *abadejo*, bacallao, curadillo ó truchuela, que por todos esos nombres era conocido; el *besugo* por sus ojos; la escamosa *serpiente*, la ponzoñosa *víbora*, la *salamanquesa* (tenida por resistente al fuego); las *aves* de rapiña y *pájaros* altaneros, algunos pájaros propiamente dichos, *zancudas* y *aves* de corral.

También tienen su representación la caza mayor y menor, las

caballerías todas, con sus variadas denominaciones, desde el humilde *asno*, hasta el sufrido ganado mular; las yeguas y el brioso *caballo*, llámese alfana por lo corpulento y fuerte, hacanea, siendo algo mayor que la haca ó jaca, palafrén que por lo manso montaban las damas, y no faltando la jaca ó haca galiciana. El ganado *vacuno* desde el *toro* hasta el *novillo*; el *lanar*, el *cabrio* y el de *cerda*, con sus peculiares nombres; y como animales domésticos no podían ser omitidos los *perros* y entre ellos el galgo, los *gatos*, mereciendo especial indicación el romano por su piel.

En fin el mono adivino que llevaba maese Pedro y que tanto agradó á D. Quijote.

\* \* \*

Pero cuanto eleva al inmortal Cervantes á la jerarquía de exímio naturalista, no es el conocimiento de un número mayor ó menor de especies, no, es su acendrado amor á la Naturaleza, cuyas bellezas siente y describe de una manera inimitable, es la aplicación al hombre de las enseñanzas adquiridas en el estudio de la vida y costumbres de los seres, cual puede estimarse en los párrafos que transcribimos, para que no se nos acuse de exagerados.

“Y no parezca fuera de camino el haber comparado la amistad de Rocinante y de Rucio á la de los hombres; que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son: de las cigüeñas el clístel, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad y la lealtad del caballo.”

“Cuentan los naturales que el arminio es animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio: que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y después oxeándole le encaminan hacia aquel lugar; y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar á trueque de no pasar por el cieno, y perder y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es más que nieve blanca y limpia la virtud de la ho-

nestidad, y el que quiera que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene; porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá y aún sin quizá no tiene tanta virtud y fuerza natural que pueda por sí misma atropellar y pasar por aquellos embarazos... Hase de guardar la mujer buena, como se guarda y estima un hermoso jardín que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie pasee ni manosee, basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro goce de su fragancia y hermosura.”

“La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen y como á señuelo gustoso, se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le juntan la necesidad y estrechez, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña.”

Reflexionad acerca de las consideraciones apuntadas y convendréis conmigo que todas tienen un marcado sello filosófico precursor del espíritu científico de los tiempos modernos.

PASCUAL NÁCHER Y VÍLAR.



## Á D. QUIJOTE DE LA MANCHA

EN LA FAMOSA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO.

### ROMANCE.

¡Hurra! andante caballero,  
El de más invicta fama,  
Que paseó por la tierra,  
Buscando lides y hazañas.  
¿Quién más noble y más altivo,  
Ni de más fuerte pujanza,  
Ni de más *triste figura*  
Por desdenes de su dama?  
¿Quién más leal partidario  
De la justicia sin tacha,  
Ni más contrario del dolo,  
Ni amigo de la desgracia?  
Desde que viniste al mundo  
Por el querer de las hadas,  
Ya no resuenan los nombres  
De los bravos Argonautas;  
Esconde tras sus columnas  
Hércules la faz bizarra  
Y sus *trabajos* se olvidan  
Y sus proezas se callan.

Roldan de miedo tus hechos  
En frío sudor se baña  
Y Durandarte se olvida  
De Belerma en la batalla;  
Oliveros de Castilla  
Huye de la amada patria,  
Artur de Algarbe es la sombra,  
Que al rayo del sol se marcha;  
Tirante el Blanco se pierde,  
Orlando *el Furioso* brama  
Y de envidia llora y gime  
El rico Amadis de Gaula.  
Y toda la hueste espléndida  
De las andantescas armas,  
Palmerines, Esplandianes  
Y Florismartes de Hircania,  
Con los lances del famoso  
Castillo de Miraguarda,  
Con sus bélicos arreos  
Y sus plumas y sus galas  
Y sus decires pulidos  
Y mentiras cortesanas,  
Con sus retos y palenques  
Y embaucadoras patrañas  
Y sus brujos sabidores  
Y sus alquimias y magias,  
Como sueños se disipan  
Ante el héroe de la Mancha.

---

Por el campo de Montiel,  
Donde briosos se alzan,  
Como vestiglos gigantes,  
Que la frontera atalayan  
*Treinta molinos de viento*,  
Que parecen la mesnada  
De Don Pedro de Castilla,

Cuyo espíritu allí vaga,  
Montado en su rocinante,  
Seguido de Sancho Panza,  
Va con ansias de aventuras  
Don Quijote de la Mancha.  
Bien metido en la honda cuja  
Lleva el cuento de su lanza,  
Mientras la mente briososa  
Bélica y noble divaga,  
Cuando de pronto sus ojos  
En los molinos reparan,  
Que las aspas volteando,  
Parece que á lid lo llaman.  
Y el reto aceptando enristra  
La nudosa pica larga  
Y sin escuchar á Sancho  
Así furioso les habla:  
—Non fuyedes, malandrines,  
Que mi presencia acobarda,  
Que soy uno y no soy ciento,  
Quien toma en el campo plaza.  
No en la hora del combate  
Hoy me volvais las espaldas.  
¿De qué os sirven tantos brazos  
Y tan gigantesca talla?  
Mi Señora Dulcinea  
En esta lid me acompaña;  
Ella es mi fuerza y mi escudo  
Y quien mi brazo arrebató.—  
Y así diciendo, con furia  
Tan fuerte bote descarga  
En las aspas de un molino,  
Que lo arrastraron las aspas.  
Mal parado el caballero  
Y el ruin caballo y la lanza  
Vinieron todos á tierra,  
Mientras el escudero brama:

¡Válame Dios! por valiente  
Caballero de la andanza,  
¡Pecador de mí! pues veo  
Con mis ojos tal desgracia.  
¡Lleve el diablo tanto brío!  
No os dije que os aguardaban,  
No gigantes Briareos,  
Sino molinos con aspas!

— ¡Oh España, que estás herida!  
¡Oh mi dulce y triste patria,  
Vencedora de gigantes  
Y domadora de razas!  
Maltrecha estás en los mares  
Donde otras veces la fama  
Por Balboas y Pinzones  
Te dió nombre de bizarra;  
Tú también estás vencida,  
Porque en traidora batalla  
No luchaste con titanes,  
Sinó con nadantes máquinas.

**Francisco Jiménez Campaña**

De las Escuelas Pías.

Madrid 27 de Abril de 1905.



## LAS ENSEÑANZAS DEL QUIJOTE CON RELACIÓN Á LA HIGIENE.

EXCMOS. É ULTMOS. SEÑORES.

Señoras y señores.

EL Quijote compendia á la Humanidad porque el inmortal Cervantes personifica sus más altas excelencias, fortalecido con la Fe y practicando la Virtud.

El sólo recuerdo de su vida, ya de estudiante, mayordomo, soldado y escritor, libre ó cautivo, tan accidentada y llena de lances varios, prósperos los menos y adversos ó desgraciados los más, y desarrollada en diferentes pueblos, naciones y continentes, nos esplica como pudo enriquecer su entendimiento con el inmenso caudal de conocimientos adquiridos directamente del natural, de que después había de hacer tan generoso y cumplido alarde en las páginas de sus obras; y con mejor sentido, facilidad asombrosa, ingenio y donosura, en las del Quijote.

Por humano y universal atrae este libro la atención y el interés de los hombres. Fascinados al contemplarse á sí mismos en sus páginas con las cualidades y situaciones que más exactamente les caracterizan, reconocen su influencia saludable igualmente beneficiosa para todas las sociedades y aplicable á todos los tiempos. ¡Tanta es su exactitud al pintar los atributos propios de la vida de relación en sus distintos aspectos! ¡Y de tal manera significa y utiliza los invariables ó necesarios, que siempre llega á

expresar la realidad, sea cualquiera la época y lugar de su estudio!

No es pues extraño que el gran Cervantes, haya podido ser considerado como Literato, Filósofo, Moralista, Geógrafo etc. Y así, tras de ilustrar al mundo, fomentó la virtud del trabajo en la más alta esfera ofreciendo esos múltiples aspectos al estudio analítico y suscitando críticas y controversias sobre su significación y valía, apasionadas con frecuencia hasta constituir el acicate más poderoso de los ingenios.

Pero como es tan natural en los humanos acatar el criterio de los sentidos, decisivo de la propia investigación; y ésta suscita con los apremios de la vida problemas parciales, cuyas soluciones proporcionan de momento mayor satisfacción que cuantos temas subjetivos puedan proponerse al entendimiento, abandonaron esas especulaciones superiores y prefirieron invocar sus demostraciones positivas respecto al bienestar y provecho, considerándolo como modelo popular de filosofía práctica.

Según el punto de vista desde donde se contemple una obra, así parecerá diferente. Más el dualismo resultante está en los observadores: no en la obra analizada. Esta es una en el Quijote, como es uno el fin civilizador que persigue y logra, siquiera el intelectualismo, sensato ó loco, del Héroe; y el positivismo práctico de Sancho, formen una dualidad necesaria para sostener vigorosos contrastes y el ridículo verosímil; produciendo con ellos la expresión cómica que es intuitiva é indeleble, cuanto regocijada y divertida. La verdad ridiculizada, es la abreviatura de la argumentación más convincente: y á la vez, medio nemotécnico para reproducirla con su lógica efficacísima, perpetuándola ante las sucesivas generaciones.

Yo creo, por tanto, que á pesar de la crítica burlona y regocijada de la manía caballeresca en que consiste su aparente finalidad, ese portento admirable de la Literatura clásica española, se dirige á unificar aquellas dos opuestas tendencias para ofrecerse como Código universal de salud, recto pensar y noble sentir; es decir: regenerador de los hombres, que así disciplinados caminarán con paso más seguro hacia su anhelada felicidad.

Para lograrlo, exalte el espíritu y lo levanta sobre la mate-

ria: lo contempla penetrándola, pero sin subordinarse á ella: antes bien, elevándose y superándola por la inteligencia como la llama sobresale y domina á la antorcha. Moteja y censura con donosa ironía sus obligados desacuerdos por flaqueza, versatilidad ó pasión: y con la fuerza irresistible de esa crítica ingeniosísima, deja á la vez demostradas las armonías saludables que hemos de sostener para llevar nuestra vida al más alto grado de *posible perfección*.

Es así, que la Higiene moderna auxiliada por el avance de todas las ciencias, constituye en su acepción más amplia una vasta enciclopedia con aspiración idéntica, en tanto que al preveer todo mal y al acrecentar las actividades corporal é intelectual, dá los medios exclusivos de realizarla; luego la obra inmortal del Quijote es también hoy, desde ese punto de vista, un modelo inimitable para adoctrinar deleitando.

Ya persuada ó satírice—que son sus dos formas familiares de expresión—siempre enseña y moraliza. Salvo sus sentencias y consejos concisos y llenos de sabiduría, el inimitable Cervantes instruye sin necesidad de reglas: perfecciona sin invocar la perfección: lo hace y no lo dice. Sin embargo, deja implícitamente consignado el precepto higiénico en la moraleja que todo lector ha de deducir naturalmente del contraste cómico ó de la comparación discreta, realizada con fina sátira y con todos los donaires de la locución.

Así por ejemplo: el espiritual D. Quijote, predicador convencido de la templanza; aquél que aconsejaba á su escudero diciéndole “Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago,, (1); el que pregonaba la sobriedad confiado en satisfacerse como sus soñados caballeros andantes con algunas especiales yerbas de los campos, sólo de ellos conocidas, responde á Sancho que se las demandaba, espoliado como él por la implacable hambre “Con todo eso, tomara yo ahora más aína un cuartal de pan ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna., (2)

(1) Segunda parte.—Capítulo XLIII.

(2) Primera parte.—Capítulo XVIII.

Para la higiene de la inteligencia se refiere á la fatiga cerebral y sus estragos y al valor reparador del sueño — en defecto ó en exceso — en estas citas “alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilia, hambre, desnudez, vahidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á estas adherentes,” (1). “Se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio,” (2). “Duerme tú que naciste para dormir, decía á Sancho; y en efecto este era dormilón: nunca conoció segundò sueño, porque el primero le duraba toda la noche...,” (3) “...sea moderado tu sueño que el que no madruga con el sol no goza del día: y advierte ¡oh Sancho! que la diligencia es madre de la buena ventura; y la pereza su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo... ” (4). Con reproducir algunos otros pasajes quedaría evidentemente probada la verdad propuesta. Pero como acumular citas sería ofender la erudición cervantesca, que sin duda poseéis; y de otra parte, son mis facultades harto limitadas para desarrollar la demostración de aquella como merece vuestra ilustración, dignaos Señores aceptar una síntesis brevísima de *sus fundamentos*, que en este torneo de alabanzas será mi humilde tributo de admiración y de rigurosa justicia.

Es óbvio y claro que la Ciencia y la Fábula, se distancian tanto entre sí, cuanto la aseveración cierta se sobrepone á toda narración inventada.

La Ciencia higiénica demostrando, instruye, investiga verdades desconocidas y educa entidades sociales directoras. La novela imaginando, recrea, populariza las verdades inadvertidas ú olvidadas, y dispone los entendimientos que han de ser dirigidos. Aquella enseña con dogmática severidad las leyes efectivas que se han de seguir. Esta ridiculiza con su sátira los vicios y defectos que debemos evitar. Ambas ilustran y guían á las Sociedades: la una recreándolas, para atraerlas y perfeccionarlas:

(1) Primera parte.—Capítulo XXXVIII.

(2) Primera parte.—Capítulo I.

(3) Primera parte.—Capítulo XX.

(4) Segunda parte.—Capítulo VLIII.

la otra aspirando á obtener con inteligencia razas poderosas. Ambas proporcionan salud y cultura, como los frutos más indispensables de la verdadera civilización; y para lograrlo se complementan y convergen en esta aspiración previsora invocada por la Higiene: “evitar toda anomalía y toda acción, que sacando á los humanos de la realidad, los degrade, aflija, torture, abrevie su vida, ó los desvíe del fin para que fueron creados.” Y en efecto: se confunden en una sola nobilísima y grandiosa finalidad: porque si el Quijote inspira virtudes eminentes, la Higiene les da vida al proporcionar los medios de practicarlas. ¡Ellas serían teóricas, estériles, como la Fe sin obras, si la Higiene no las trocara en actos reales, que defienden y hermosean la existencia!

Lo mismo que el insigne Cervantes consideró al hombre, deben contemplarlo los Higienistas. Sujeto á miserias corporales por su abolengo de menor resistencia y á las morales mucho más decisivas y transcendentales. Que si es inteligente, libre, consciente de sí mismo y cuanto le rodea; dotado de palabra, relacionado por ella con los demás hombres; y siempre influyente é influido, es también contingente, movido por pasiones que le mudan, esclavo de los sentidos ó soñador en su fantasía; y con frecuencia olvidado de su último fin, para no recordar las tremendas responsabilidades que suponen aquellas facultades superiores.

Por eso la Higiene—su Hada protectora—preserva y fortalece; encauza desde la niñez el desarrollo y ordenado cultivo de la inteligencia: contribuye al bienestar y la paz que unifica la salud del cuerpo y del alma, es decir de todo el hombre, ó mejor, de todos los hombres: y regulando sus mutuas relaciones é influencias, tiende siempre al mismo fin que la virtud, con la cual se iguala al inspirarse en la moral más severa.

¿Y no es esa por ventura, la moraleja de aquella sátira, la sal, el razonamiento gallardamente nacido de Cervantes como luz esplendorosa, que desde el amanecer de su Quijote viene desvaneciendo tantas sombras sociales de errores, preocupaciones y tercas extravagancias?

Sus enseñanzas inspiran el eterno “Nosce te ipsum,” opuesto constantemente á todas las limitaciones ó demasías posibles: ya

del cuerpo ayuno ó haito, vigilante ó durmiente, emperezado ó trabajador: ya del espíritu, imperativo ó subordinado, extraviado ó juicioso, según se ofrezca ó no, dentro de la realidad propuesta. Así las patentiza mediante los sostenidos contrastes del recto razonar ó loco discernir de D. Quijote, que lucha, vela, y apenas come para vivir: del buen Sancho crédulo ignorante ó intencionado malicioso por codicia, que vive para comer, dormir ú holgar: los que ofrecen esas dos entidades continuamente entre sí; y el fecundísimo de ambas con la verdad efectiva que posee el lector, así llevado á sacar veras de burlas, salud del desorden, nobleza de ruindad y virtudes de vicios; ó sea aquel alto grado de *posible perfección* que antes invocaba.

Esos deberes sacratísimos para con nosotros mismos ó para con nuestros semejantes, que lleva implícito el derecho natural á la salud, tanto más difíciles de conocer por hallarse diseminados en los preceptos, sentencias y consejos de todos los Códigos, religiosos, morales y políticos, fueron ya proclamados por Cervantes que los enaltece en esa obra universal. Cumplidos ó burlados, allí se expresan ó se sugieren con singular viveza por realzarlos aquél estilo llano, natural, ingenioso y festivo, que divierte, encanta y seduce: así educa á todos los hombres, sean sabios ó ignorantes. Al condenar el falso idealismo y el positivismo grosero, consuela ó inquieta según se halle cada conciencia; y habla con tanta claridad al entendimiento y al corazón, tiene tan profundo sello de evidencia, que impone la verdad bella y sublime como un don de Dios necesario á nuestra inteligencia: mueve voluntades, modera pasiones, corrige defectos; inspira prácticas saludables y fija las nociones exactas de justicia, deber y caridad ó amor verdadero, como grandioso fin social, que sin duda debió proponerse aquél esclarecido ingenio.

¡Leyes eternas de la conciencia! ¡Testimonios con que ella se da constantemente á sí misma conocimiento perfecto de su propia existencia! ¡Semilla de virtudes salvadoras! ¡Fondo común de energías inmutables del alma, sin menoscabo alguno por mucho que se reproduzcan y mal interpreten ó desfiguren, en el curso de la vida social, y cuyo conjunto se unifica en el concepto de *moralidad*, é integra todos los deberes y derechos sanitarios!

¡Quiero así reconocer el alto abolengo que es propio de todas, hasta las más someras prácticas de salubridad, frecuentemente desconocido para limitarlas á la parte material del hombre!

¡Oh! ¡tú, sabio más ó menos modernista que tal supones: no separes lo que la vida no permite separar, que eso es suplantar y anticiparse á la muerte! ¡Ni así rebajes la categoría humana de su alta dignidad moral efectiva, que eso desnaturaliza y abrevia la eficacia, finalidad y grandeza de la verdadera Higiene! ¡No te opongas: antes bien, asimílate la filosofía que á través del borrador de su locura sublime, ofrece ese caballero de la Triste Figura: oye ¡sí! sus sentencias para regir la salud del cuerpo, pero desentraña y ahonda en cuanto enseña para las de nuestra alma, fundamento de aquellas, si no quieres que resulte tu ingenio ante el vulgo, mucho más triste y desfigurado que la imagen ridícula del amojamado D. Quijote, ante su zumbón escudero!

No te sonrías desdeñosamente y contéstame.

¿Dónde produce mayor daño aquella contaminación impura? ¿En el cuerpo con la infección... ó en el alma con la prostitución...? ¿Cuál será la profilaxis? Sea labor individual ó colectiva ¿dejará de exigir como decisivas las facultades intelectivas y morales, tanto en el consejero ó legislador, como en el legislado?

Esas facultades superiores se demuestran más necesarias é inevitables, comparando los dos estados extremos del organismo que invoca la Higiene.

Con relación á la enfermedad, se ocasiona á menudo y procura el remedio, solo por el sentimiento. ¡Potencias sensitivas sin libre albedrío!

Con relación á la salud, habrá de preservarse mediante su propia reflexión. ¡Potencias racionales con libertad moral!

En el primer supuesto, el sentimiento pasional lo enferma, porque le impide discernir. Y para acogerse súbito al remedio tampoco necesita pensar, le basta sufrir. El dolor es ya impulsión fatal, involuntaria, que se obedece siempre con la diligencia del instinto.

En el segundo caso, y dado el peligro posible, es preciso conocer, pensar y amar. Será la preservación más ó menos feliz y útil, por estar proporcionada á la sensatez y cultura, surgiendo



de la reflexión fría y tranquila, dependiente á la vez del grado de moralidad si toca al prójimo, ó del deber de Humanidad cuando alcanza á las grandes colectividades; y dando lugar á la abnegación, quizá el sacrificio, y hasta el heroísmo.

Actos, todos ellos de esa voluntad racional que dignifica y salva al plantear las previsiones higiénicas, siempre antagónicos con aquellos otros de sentimiento exaltado, avasallador y persistente que degradan y enferman con los histerismos, neurastenias y algún otro achaque insano.

Es claro que la materia organizada viva, sosteniendo las transformaciones fisico-químicas y vitales según su procedencia y mantenimiento, será sin duda, como el primer factor de la salud. Más, esas facultades superiores que la rigen en el hombre, constituyen para la de este el verdadero *temple orgánico*, decisivo de la preservación, ya en el uso racional de su libertad, ó en los grados de natural resistencia que en forma de energía nerviosa centrífuga impriman á su cuerpo. Podrá este ser estimado como el instrumento del alma, necesario á su realidad tangible: pero debe estar regido por ella mediante el raciocinio, sin que este se le subordine, como dejo indicado, demostrando así su constitución integral, indestructible en la unidad del hombre; y la correlación de la conciencia y el organismo.

Y sin embargo ¿cómo puede explicarse la realidad?

Las infracciones más transcendentales de Higiene individual, obedecen, según dije antes, al apetito ó pasión: y esta se impone por falta de energía para sojuzgar los estímulos corporales, ó los evocados por las facultades representativas.

Vehemencia de los sentidos externos é internos, con incoordinación ó relativa paresia cerebral.

Para probar la misteriosa influencia de la inteligencia y la imaginación sobre nuestro organismo, tendría que demostrar: 1.º con los filósofos, el alma racional forma sustancial del cuerpo humano: 2.º con los fisiólogos, que el solo hecho de pensar en una parte del cuerpo, produce en ella la afluencia de sangre y la actividad nerviosa, sobre todo si hay emoción; y 3.º con todos ellos, las comprobaciones recientes de la hipnosis. (1) Pero basta

(1) «El Hipnotismo Franco» P. Jenaro Buitrago. — Traducción del P. Coconnier. — Página 400 y siguientes.

contemplar á D. Quijote y á su escudero Sancho, esclavizados: el primero con las imaginaciones fantásticas que le exaltan y le desbordan, por pasión: el segundo con los apetitos groseros que le reducen en el egoísmo por codicia, para esperar el equilibrio normal ó salud, en el momento que las impresiones materiales y sensibles queden dominadas por las determinaciones voluntarias y razonadas.

Así dominó la razón y la voluntad en el propio Cervantes, cuya portentosa figura ofrezco, Señores Excelentísimos, como prueba decisiva de esas energías salvadoras, cuya debilitación actual, esteriliza en la vida pública y privada, los progresos más hermosos de la Higiene contemporánea.

Los insistentes apremios de su cuerpo maltrecho por trabajos físicos y de entendimiento, en las armas y las letras; con el remo en Argel, y la escasez y las privaciones, por todas partes, jamás pudieron abatir su potente energía cerebral.

¡Qué contraste con los hombres de vida muelle, frívola y afeeminada; cerebro subordinado á todo impulso de sensualidad; sin brotar una idea, como el guijarro no da chispas; y seco el corazón por el miserable egoísmo que no les permite conocer á su prójimo!

En cambio Cervantes, admirable ya por su inteligencia, raro ingenio y austeridad, se agiganta mucho más á nuestros ojos por aquellas altas prendas y virtudes de su corazón cristianísimo.

No fué solo en verdad frente á los turcos y sobre la cubierta de la galera "Marquesa," donde peleó en el servicio de Dios, dispuesto á morir por Él: sino toda su vida contra una armada más formidable, que sin embargo, se estrelló en el escudo firmísimo de sus creencias religiosas. Sin ellas, no hubiera sostenido energías para soportar la necesidad, ingraticudes, odios, envidias y maldades, la triste amargura del cautiverio; su manquedad; persecuciones, injusticias y lo que es más terrible para el Genio, la fría indiferencia de sus contemporáneos.

Pero su resignación fué tan heroica, como inmensa su Fe: le sobró nobleza y mansedumbre para sobreponerse á tantas pasiones rastreras, desdenes é infortunios, y hundió al fin en un punto las adversidades que le ocasionó el cultivo de las letras, con-

centrando toda su esperanza en el amor al Santísimo Sacramento, entre cuyos esclavos ingresó como hermano (1). La piedad fervorosa dióle apacible calma: las prácticas vivificadoras del Cristiano Católico confortaron su espíritu naturalmente llevado á la noble y grande que no se muda, y ajeno á todo lo mundano, debió hallar tan puros regocijos en la llaneza y santa humildad, que como remate de su perfección, profesó en la Venerable Orden Tercera del Seráfico Padre San Francisco.

¡Tres centurias han pasado y ni aún siquiera sabemos donde se pulverizaron sus restos! Cierto que al cabo de ellas, la humanidad le ha hecho justicia, desagraviándole y rindiendo grandiosos homenajes á su memoria. Pero como todavía resultan deficientes para su mérito sin segundo, solo satisface á nuestra conciencia la seguridad de que la Justicia Divina le habrá premiado, siendo exclusivamente suya la verdadera y sublime glorificación del Genio.

*José de Paso y Fernández-Calvo.*



(1) D. Aureliano Fernández Guerra.—Ilustración Española y Americana.—Año 1872.—Página 251.

---

## Á CERVANTES

En el tercer centenario de la publicación de Don Quijote.

---

¡Han pasado tres siglos y aún no ha muerto!  
¡El genio es inmortal!... Si duda hubiere,  
nos probaran las páginas de un libro  
que verdad y belleza nunca mueren.

Ambas supo hermanar el gran Cervantes  
en su *Quijote*; allí quien lo tuviere,  
su inteligencia alcanzará verdades,  
y el corazón bellezas, que se sienten.

No es novela ni cuento destinado  
á hacer reír á aquel que lo leyere;  
es obra filosófica, profunda,  
que para todos enseñanzas tiene.

Allí se ven las luchas que en la vida  
el cuerpo y el espíritu sostienen;  
lo ideal, lo inmaterial se simboliza  
en *Don Quijote*, de la obra el héroe;  
pero á su lado surge *Sancho Panza*;  
ese es lo material; comer conviene.

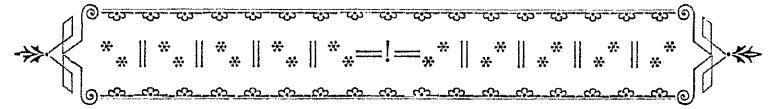
¿Quién obtendrá de entrambos la victoria?...  
Prosiga en su lectura el que leyere

á *Don Quijote*, y al finar la obra,  
hallará una respuesta que convence. (1)

Dios lo ha querido; espíritu y materia  
unidos pasarán la vida breve,  
y sin exagerar ni uno ni otra,  
morir cristianos es lo que conviene.

¡Oh gran Cervantes que de Dios ya gozas!  
¡Lo podemos creer piadosamente!  
Pues tu patria te honra en este día,  
ruega tú por España á El Dios clemente.

JUAN DE DIOS VICO Y BRABO.



## CERVANTES EN ÁFRICA.

NOTAS MORISCAS DEL QUIJOTE.

SEÑORAS Y SEÑORES:

EN la inmortal obra de Cervantes, que es el poema de nuestra raza, como lo fueron la Iliada y la Odisea en Grecia y la Eneida en Roma, no podía faltar un canto á las proezas de España en el continente africano, y un recuerdo á la legendaria lid de siete siglos, comenzada por Pelayo en las montañas de Asturias y felizmente terminada por los Reyes Católicos en la vega granadina.

Los detalles arábigos y moriscos del Quijote, el nombre de Cide Hamete Benegeli encabezando su segunda parte, las narraciones del cautivo, la multitud de frases de procedencia oriental y berberisca de que abunda la *Vida y hechos del Ingenioso Hidalgo*, son matices de color eminentemente nacional con los que crece el mérito de la obra, como los márgenes del Ebro crecen en belleza con la Aljafería de Zaragoza, las del Guadalquivir con el Alcázar de Sevilla y las del Darro con la incomparable Alhambra granadina, maravilla del arte arábigo, á través de cuyos ajimeces se ve dilatarse la hermosa vega, teatro de las caballescadas y hazañosas empresas que terminan dignamente el grandioso drama de la reconquista nacional.

\* \* \*

(1) Capítulo LXXIV y último de la segunda parte de *Don Quijote*.

El valor, el patriotismo y otras grandes virtudes resplandecen en toda la vida del autor del Quijote, pero mucho más resaltan en el período que comprende su cautiverio en Argel. — Hablando de la ferocidad de su amo, pone Cervantes las siguientes palabras en boca del cautivo: “Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedaran en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera algo más de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.”

Como el manco de Lepanto es la mejor personificación del pueblo español, decir Cervantes en Argel es decir España en África; y esta hermosa expresión hace reverdecer en nuestro espíritu todos los entusiasmos y renueva todas nuestras energías; porque en África es donde se halla el secreto de nuestra grandeza, desde antes que Hércules franqueara la comunicación entre el Mediterráneo y el Atlántico hasta el glorioso día en que Wad-Rás vió erguirse con todo su valor al león de España.

No se crea que ahora vamos á hacer una narración completa del cautiverio de Cervantes en África. — No puede ser el presente somero esbozo ni aún siquiera el índice de una historia de la cautividad de Cervantes en Argel y de los recuerdos que de él dejó en *El Quijote*. Es tan solo esta indicación, si se quiere, el título de lo que en su día podrá ser un estudio hecho sobre el particular con la extensión debida.

\* \* \*

Desde que Cervantes cae cautivo hasta que recobra su libertad, en el período de esos cinco años, es cuando su espíritu puesto á prueba por la adversidad, despliega todas sus energías, mostrándose ya paciente en los infortunios, ya sagaz en medio de los más arriesgados planes, ya perseverante hasta obtener su anhelado rescate.

Embarcado en Nápoles en la goleta española “Sol”, con su hermano Rodrigo, soldado como él, y otros varios, muestra su valor, en inútiles esfuerzos, al ser sorprendida la nave donde hacían su viaje por una escuadra de piratas argelinos, en 26 de Septiembre de 1575, y su arraez Aly Mami le cautiva con el resto de la tripulación que lleva á Argel cargada de cadenas.

Trata desde el día mismo de su cautiverio de evadirse, y primero intenta ir andando hasta Orán con otros cautivos, pero su plan es descubierto y solo sirve para empeorar la situación.

El padre de Cervantes vende todo el resto de su hacienda por libertar á su hijo, más la cantidad no alcanza y se aplica al rescate de su hermano.

Nuevas tentativas de evasión á través de un subterráneo que comunicase con el mar tampoco son coronadas de buen éxito; pues la fragata en que se iban á fugar él y otros cautivos es sorprendida y tiene que regresar sin conseguir su objeto.

Encadenado Cervantes por el Dey de Argel, sufre ahora todo linaje de tormentos hasta volver otra vez á la potestad de su antiguo dueño Aly Mami.

En 1577 le compra Hasem Agá que era un renegado llamado en su país Andreta.

Por el mes de Septiembre de 1579 entabla Cervantes conocimiento con un renegado de Granada, llamado el licenciado García, y en África Abd Errajmen que se muestra arrepentido y con ánimo de volver á la iglesia, pero también aborta la trama.

Entonces trató Cervantes de hacer una insurrección general de cautivos, levantando á más de veinte mil, cuyos planes también fracasaron al ser descubiertos.

En 1579 se concierta el rescate de Cervantes con dinero de D.<sup>a</sup> Leonor Cortinas y de su hija D.<sup>a</sup> Andrea Cervantes, en trescientos ducados que lleva á Argel el padre Juan Gil; con cuya cantidad, añadida con el préstamo de algunos mercaderes, se rescata al autor del Quijote que salió para su patria en 19 de Septiembre de 1580.

Los trabajos y vicisitudes del manco de Lepanto en su cautiverio, dignos se hicieron de las seductoras formas de la novela, que él mismo adoptó para referirlos en la Historia del Capitán cautivo del Quijote.

Cuando se trate de escribir con la extensión debida esta parte de biografía, deberá consultarse, juntamente con dicha narración, la *Historia y Topografía de Argel* del P. Aedo, y los *Tratos de Argel* del mismo Cervantes, utilizados al indicado efecto por Tiknor en su *Historia de la literatura española*, tomo segundo, página 190 y siguientes; por Martín Fernández de Navarrete en su *Vida de Cervantes*, y por Nicolás Díaz de Benjumea en su obra *La verdad sobre el Quijote*.

No pasaremos adelante sin consignar aquí un recuerdo, si bien bastante triste, á la piratería, esa gran plaga que afligió á la humanidad por espacio de muchos siglos, que pudo privar al mundo de la gloria nacional que hoy admiramos, y que persistió hasta tiempos muy recientes en que, sojuzgado en Isly el último Bey de Argel por las armas francesas, acabaron también allí los últimos restos de esa verdadera afrenta de la humanidad.

Acreeedora se ha hecho la noble Francia de la gratitud del género humano, por haber reemplazado á la antigua guarida de piratas una colonia rica y floreciente; como acreeedora también se hace de todo género de encomios, por haber colocado en Argel un monumento que, al recordar el sitio en que Miguel de Cervantes pasó las mayores amargas de su cautiverio, demuestra á su vez que, para honrar las grandezas del genio, no debe haber patrias ni fronteras.

Volviendo á nuestro propósito, recordaremos ahora, que donde principalmente se reflejan las vicisitudes del cautiverio de Cervantes, es en la historia del Capitán cautivo, que ocupa los últimos capítulos de la primera parte del Quijote.

Dicha historia que comienza en el capítulo XXXIX y concluye en el XLIII, es una agradable narración, en que el capitán Rui Pérez de Viedma refiere á los hospedados en la venta sus sufrimientos y aventuras mientras estuvo cautivo en Argel; cuya narración, más que cuento de mero pasatiempo, es una fuente copiosa para la biografía del autor del Quijote, y un espejo fiel de lo que éramos entonces y de lo que aún podemos ser en el porvenir. El relato está lleno de amenidad, las descripciones son agradables, y el desenlace, tan inesperado como natural, concurre á realzar el mérito de la bien trazada historia. En ella resalta

un pensamiento. El eterno deseo de aproximarse y fundirse que siempre abrigaron las dos razas árabe y española en la Península, á pesar de sus sangrientas y prolongadas luchas.

En Zoraida se adivina á la mora que siente latir en sus venas sangre española. Sus amores con el cautivo son el constante poema de amores y de simpatías que siempre hubo entre moros y cristianos, y que labraron al fin, con la fusión de ambas razas, nuestra grandeza nacional.

¡Cuántas veces al leer este interesante episodio, no sentimos en nuestro pecho una emoción de viva simpatía por la bella Zoraida que todo lo sacrifica en su amor á Nuestra Señora la Virgen, á Lela Mariem como ella le llamaba! ¡Cuántas veces el retrato de análogas ó parecidas historias no ha excitado en nosotros el deseo de que una era de confraternidad venga á concluir con las sangrientas luchas que, desde su aparición sobre la tierra, desgarraron á la pobre humanidad!

\*\*\*

Más de la Historia del Cautivo no sólo estas altas y trascendentes deducciones podemos sacar. Su relato nos dá muy curiosos pormenores acerca de la vida de los renegados, sobre la jerga berberisca, y, por último, de la extraña forma de gobierno que existía entonces en los bajalatos del N. de África, más que provincias otomanas, verdaderas colonias independientes de malhechores, tan solo sostenidas con el pillaje.

De la lengua que entonces se hablaba en Berbería quedan algunas frases ó palabras sueltas en la narración de que hablamos, y de ella dice Cervantes en la misma historia, que es "la que en toda la Berbería y aún en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisco ni castellano ni de otra nación alguna, sino mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos."

Varias frases sueltas de Zoraida, que constituyen lo que podemos llamar las *algarabias del Quijote*, nos dan á conocer ese extraño idioma que á pesar de una transcripción algo deficiente, se nos ofrece como la última corrupción del árabe vulgar.

BIBLIOTECA DE  
FACULTAD DE LET  
GRANADA

El estudio de estas frases y del sinnúmero de vocablos de procedencia arábiga de que abunda la obra de Cervantes, entonces más numerosos que en la actualidad por la menor distancia de la expulsión de los moriscos, nos daría margen para formar el glosario árabe del Quijote, si este trabajo, aunque aún inédito, no hubiera sido ya hecho por un reputado profesor de nuestra Universidad.

No podemos tampoco dejar de indicar los puntos de contacto que existen entre la historia del Capitán cautivo y nuestra bella Granada.—El vestido de la morisca, tal y como Cervantes lo describe, es el mismo que usaron las moras granadinas según los autores de la dinastía nazarita, y como aparecen en los bajo-relieves de la Capilla Real. En la misma historia habla Cervantes de nuestra ciudad, cuando refiriéndose al renegado, dice que “hecha su información, de cuanto le convenía, se fué á la ciudad “de Granada á reducirse por medio de la Santa Inquisición al gremio santísimo de la Iglesia.”

\*.\*

Este último párrafo trae á nuestra memoria el nombre del renegado granadino Abd Errajmen, del que ya hicimos mención, y que fué, como otros tantos, un nuevo ejemplar viviente de Granada en África.

¡Ah! Granada en África.—He aquí otra seductora frase que á nuestros labios trae la lectura del Quijote.

Con las brisas de la primavera vienen á nuestro cielo las gondolrinas, esas felices nuncios de la estación de las flores, que desde los alminares de Fez y de Tanger, llegan para tejer sus nidos en las afiligranadas torres de la Alhambra granadina. ¡Cuántos sollozos por nuestra ciudad, cuántas canciones en que se mezcla el nombre de Granada no oyeron esas aves en el suelo africano! ¡Cuántos ecos perdidos no escucharon de narraciones en las que, de vez en cuando, se oye mezclar el nombre de nuestra ciudad querida.

¿Porqué la hermosa Damasco de Occidente no recoge esos sollozos? ¿Porqué no abre sus puertas para regenerar por medio

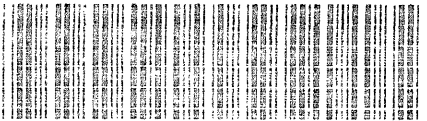
de la ilustración, en nuevos centros y academias que fueran recuerdo de su antigua Almadraza, á la raza proscripta?

Aún no es tarde. Aún es tiempo de regenerarnos. Aún podemos volver á ser grandes, porque Dios que á cada nación dió sus atributos y aptitudes, nos concedió á los españoles la grandeza de todos los pueblos que regaron con su sangre el suelo de la península; y mientras Alemania entreteje las marañas de su filosofía, Inglaterra absorbe el comercio de ambos continentes, y Rusia asusta á las naciones con su poder colosal, España se hará dueña del orbe con sus gracias y donaires, y podrá decir luego: dueños ayer fuimos del mundo y dueños de él seremos mañana, porque nunca ha de morir la cabaleresca é hidalga nación de *D. Quijote de la Mancha*.

ANTONIO ALMAGRO Y CÁRDENAS.

1006186-9-72

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA



000587766

FACULTAD DE LETRAS



UNIVERSIDAD DE GRANADA

FACULTAD DE LETRAS

BIBLIOTECA

Signatura: 309-8-17